



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

LOTE A-18: HUELLAS DE RESISTENCIA
Historia de los pobladores de la Villa San Luis de Las Condes

CONSTANZA DANIELA ROMERO LECOURT
FELIPE ANDRÉS SANTIBÁÑEZ MIRANDA

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA
Categoría: Crónica
Profesor guía: Sergio Trabucco Zerán

Santiago, Chile
Abril, 2018

*A los ex pobladores de la Villa
San Luis de las Condes
que han luchado incansablemente
contra toda adversidad.
Con cariño,
a nuestros héroes y protagonistas.*

Agradecimientos

Esta memoria de título fue un gran desafío para nosotros como futuros periodistas. A partir de nuestra inquietud por conocer y adentrarnos en la historia de la Villa San Luis de Las Condes, desde la memoria de sus pobladores, nos sumergimos en mundo lleno de vaivenes y recovecos.

Por esta razón, nuestro primer y gran agradecimiento es para las vecinas y vecinos que fueron parte de este proyecto habitacional. No sólo nos trataron con mucho cariño, calidez y bondad, sino que también nos abrieron las puertas de su casa, de su corazón y de su cotidianeidad. Millones de gracias a Jimena Salinas, María Eugenia Cáceres, Inés González, Antonieta Miranda, Juana Albornoz, Ester Esparza, Rosalía Contreras y Marmaduque Barrera, por darnos la hermosa oportunidad de conocerlos y dar vida a este proyecto con sus voces llenas de rabia y esperanza.

A Miguel Lawner, un arquitecto empedernido y un eterno luchador por una ciudad más justa. Su discurso nos conmovió y nos incentivó a cuestionar el actual modelo inmobiliario que existe en este país. Gracias por su cálida acogida, por su sencillez y por recibirnos siempre con una sonrisa amable y generosa.

Al Comité en Defensa de la Villa San Luis, la fuerza juvenil que motivó a que la gente quisiera pelear por lo que se les arrebató. Agradecemos especialmente a Javiera Martínez y Fabián Araneda por acercarnos a estas personas y por su buena disposición para ayudarnos sin esperar nada a cambio.

A nuestras familias, que nos han apoyado en todo momento y nos han brindado la fuerza necesaria para culminar este proceso universitario, que nos enseñaron a ser perseverantes y a dar lo mejor de nosotros. Gracias por su incondicionalidad, por siempre brindarnos un abrazo y palabras de aliento cuando más lo necesitábamos. Ustedes son el pilar más importante de nuestras vidas.

A Fresia, Arnoldo, Josefina, Marco, Ema, Luis, Haydee y Benjamín. Los mejores abuelos que pudimos haber tenido. Gracias por su eterno y más sincero cariño, por estar a nuestro lado, por cuidarnos en vida y en otros espacios del universo. Sus recuerdos los tenemos grabados en lo más profundo de nosotros y sin duda, que ustedes fueron una gran inspiración en este proceso de amor y de solidaridad con el otro.

Agradecemos a nuestro profesor guía, Sergio Trabucco, que sin conocernos asumió el desafío de acompañarnos en esta travesía. Gracias por habernos dado la oportunidad de redescubrir y valorar nuestro rol como comunicadores a lo largo de todo este proceso. También, a nuestra ayudante Paulina Ortega, quien fue un apoyo muy importante con sus comentarios, observaciones y críticas constructivas. Todo esto nos ayudó a pulir nuestra pluma y enriquecer la narración de las crónicas con otros recursos literarios.

Al Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI), sus profesores y funcionarios, que día a día nos fueron nutriendo de las herramientas necesarias para ser buenos periodistas y brindarnos el coraje para ser mejores personas.

Constanza Romero y Felipe Santibáñez

Tabla de contenidos

| | |
|---|----|
| Prefacio..... | 6 |
| Capítulo 1: La fogata de los sin casa..... | 12 |
| Capítulo 2: Breves fragmentos de una vida feliz..... | 23 |
| Capítulo 3: Tres horas para irse..... | 32 |
| Capítulo 4: Un inhóspito hogar..... | 39 |
| Capítulo 5: El retorno de Miguel Lawner..... | 45 |
| Capítulo 6: El negociado de las inmobiliarias y el Ejército de Chile..... | 52 |
| Capítulo 7: La lucha de los vecinos contra la inmobiliaria..... | 61 |
| Conclusión..... | 75 |
| Bibliografía..... | 78 |

Prefacio

Chile ha gozado de un destacado crecimiento económico durante el siglo XX, tentando a la inversión nacional y extranjera. Los últimos años, pese a algún altibajo, han sido particularmente positivos. En 2015 fue escogido, por la revista Forbes, como el mejor país de la región para hacer negocios y el número 30 a nivel mundial. Los índices de pobreza, en tanto, se han ido reduciendo paulatinamente. Esos números brillantes se reflejan en Santiago: aparecieron los rascacielos de titanio, pomposos centros comerciales y desembarcaron las grandes marcas. Con esa divertida fijación anglo, algunos lo llaman “Sanhattan”.

Esa, desde luego, es la postal que se vende. La imagen de la capital boyante que alimenta el orgullo de los que se sienten los jaguares de Sudamérica, término acuñado en los noventa por El Mercurio que ponía a Chile a la altura de las pujantes economías de los tigres asiáticos. Pero en esta metrópolis esquizoide y violenta, a kilómetros de ahí, separados por fronteras invisibles, asoman barrios absolutamente excluidos del crecimiento económico, la versión urbana de las democracias sin contenido social. Para las personas que viven allí, el “chorreo” prometido por los generales de la economía, nunca llegó.

Santiago no es solo la tríada de Las Condes, Vitacura y Providencia, sino que también La Victoria, Bajos de Mena, Villa Francia y la Villa Alessandri, donde viven casi todos los entrevistados para esta memoria de título. Barrios bravos, en los que la vida vale poco. Calles grises, de sueños rotos y expresiones tristes.

Hoy las políticas de urbanización acentúan la segmentación. Mediante la gentrificación se tiende a expulsar a la población de bajos ingresos o a recluirla en áreas degradadas, marginales, incluso criminalizadas, preferentemente en la periferia. Allí, Chile cumple con el derecho a la vivienda consagrado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, instalando casas en gran cantidad al menor costo posible que se terminan convirtiendo en guetos que, unidos a otros, van conformando una geografía de la miseria. Casas con humedad, con temerarias ampliaciones en altura, sin espacios verdes ni de recreación.

Sus habitantes —alejados de todo y hacinados— quedan excluidos de la ciudad. Aparecen en las noticias cuando en sus barrios se registra un allanamiento, una balacera o la detención de un narcotraficante. Ellos no son la cara del progreso. “El problema de la exclusión de ciertos individuos de la sociedad se asocia directamente a problemas de identidad a raíz de ciertas carencias que impiden un reconocimiento social mutuo, ya que el medio establece a priori las categorías de personas que en él se pueden encontrar”¹.

Así, la integración social —entendida como la coexistencia de distintos colectivos sociales en un espacio común con el fin de lograr enriquecimiento mutuo²— es solo una quimera que adorna los programas de gobierno.

Pero no siempre ha sido así. Durante el gobierno de la Unidad Popular se armó la Villa San Luis de las Condes, un proyecto de viviendas sociales con una revolucionaria premisa: si vivimos juntos, sin discriminación por nuestro origen social, viviremos mejor. Esto es lo que el académico Jordi Borja llama “derecho al lugar”. Él lo define como la garantía que tienen los sujetos a vivir en sus lugares de origen, en aquellos donde han construido sus lazos sociales y tienen un sentido de pertinencia³.

Una breve historia de la Villa San Luis

La masiva migración campo ciudad en los primeros decenios del siglo XX no solo hizo que creciera la población de Santiago, sino que empeoraran las condiciones de vida, ya críticas, de los más pobres. Por su baja cualificación fueron excluidos del mercado, no pudiendo acceder a una vivienda digna. Ante esta situación, emerge la figura del Estado constructor. Pero la demanda era demasiada y los gobiernos de turno quedaban desbordados frente a la ingente demanda habitacional y, como consecuencia, se produjeron muchas tomas de terreno.

¹ COLODRO, J. (2014). ¿Localizar o erradicar? Reflexiones en torno a la geografía de la miseria, identidad territorial y exclusión social en países del Cono Sur. *Boletín Electrónica de Geografía (BeGeo) de la Universidad Católica de Chile*, p.18.

² IBÍD.p.19

³ BORJA, J. (2004). Los derechos en la globalización y el derecho a la ciudad. Madrid, España: Fundación Alternativas.

Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva se creó, en 1965, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo y, junto a la nueva cartera, la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU). A la CORMU se le otorgó la competencia de expropiar y participar en el mercado de suelo en caso de utilidad pública⁴.

Sin embargo, muchas veces las acciones empleadas por la CORMU implicaban sacar a la gente de sus lugares de origen. El caso de Las Condes resulta paradigmático, pues era la comuna que tenía mayor cantidad de campamentos, emplazados principalmente en la ribera del río Mapocho, El Esfuerzo, El Ejemplo, Patria Nueva y Ho Chi Min eran algunos de ellos. Los vecinos, que llevaban décadas en la comuna, se iban, pero naturalmente terminaban volviendo. Allí habían establecido sus redes laborales, sociales, afectivas, educativas y comerciales.

En el ex Fundo San Luis —ubicado entre Presidente Kennedy, Américo Vespucio, Nuestra Señora del Rosario y Apoquindo— la CORMU tenía pensado construir la ciudad del futuro, “con alrededor de 70 mil habitantes y 150 hectáreas de intervención, dirigida especialmente a los sectores medios y medios-altos”⁵. Se pensaba levantar 61 torres de 17 a 20 pisos y 40 edificaciones de 4 a 5 niveles. En el mismo terreno, iba a haber un centro cívico comercial para la comuna y un parque. No había precedentes de un proyecto de estas características en Chile.

El arribo al poder de la Unidad Popular implicó un cambio en la política habitacional. Uno de los objetivos del Ministerio de Vivienda y Urbanismo fue combatir la segregación urbana. En ese sentido, hubo un cambio en la orientación de la CORMU y el proyecto “Remodelación Parque San Luis” fue suspendido para ser replanteado. “Fue una cuestión política. Para ellos era incompatible construir primero para la clase alta mientras existía gente sin casa”⁶, declaró el que era jefe del proyecto, Miguel Eyquem.

Los vecinos, que llevaban casi dos décadas pidiendo una solución habitacional digna, se organizaron e incluso interceptaron el auto de Allende al salir de su casa en Tomás Moro para expresarle sus deseos. Era su gran oportunidad. “Durante el gobierno de la Unidad Popular, los pobladores, que representaban a los grupos sociales más pobres de las principales ciudades del

⁴ CHIARA, M. y PULGAR, C. (2008). Villa San Luis de Las Condes: lugar de memoria y olvido. Revista de Arquitectura Universidad de Chile, N°18, pp. 32-33.

⁵ IBÍDEM.

⁶ DECLARACIÓN extraída del sitio <https://www.plataformaarquitectura.cl/cl/761203/clasicos-de-arquitectura-barrio-san-luis-cormu> (Visto el 20/02/2018).

país, incrementaron la presión sobre el Estado, en un contexto de mayor apertura y de una mejor disposición de las agencias de gobierno para atender sus demandas”⁷.

En un comienzo fueron 250 departamentos, pero llegaron a ser 1.038. Las familias accedieron a ellos con esfuerzo, primero a través del ahorro y luego con el pago de dividendos.

La construcción comenzó en 1971. Eran dependencias de 50 y 80 metros cuadrados, muy espaciosas para los estándares de la época e incluso para los de hoy. Tenían baño propio, cocina y el número de dormitorios dependía del tamaño de la familia. Nada de lujos, pero un sueño para aquellos que nunca habían tenido nada y que pasaban el invierno en vilo con la crecida del río.

En 1972 llegaron los primeros habitantes. Tuvieron que irse antes de lo previsto por el temor a que campamentos del sector se tomaran los departamentos. Allí, dicen, pasaron sus mejores años.

El golpe de Estado cambió drásticamente la vida de estas personas. El mismo once de septiembre los militares asaltaron la Villa. Arrasaron la plaza, allanaron departamentos, tomaron detenidos y con metralleta en mano recorrían el lugar. Para ellos, y el sector más conservador de Las Condes, esos “upelientos”, como los llamaban despectivamente, podían intentar tomarse la comuna en cualquier momento.

Los desalojaron en camiones de basura a partir de 1976. La justificación dada por el Ejército fue que los edificios estaban ocupados ilegalmente. Los residentes de San Luis fueron distribuidos en distintos puntos de la periferia, una política que la dictadura utilizó con mucha frecuencia en los ’70 y que se conoció como venta de pobres: deportación masiva de gente asentada en barrios céntricos o acomodados hacia sectores marginales de la ciudad.

“¿A quién le íbamos a reclamar?”, responden las personas al ser consultadas por si intentaron hacer algo para recuperar sus viviendas. El retorno a la democracia tampoco les trajo justicia. Augusto Pinochet, con una enrevesada triquiñuela, transfirió la propiedad al Ejército de Chile y se vendió, pese a que se suponía que era solo para fines habitacionales, a la Inmobiliaria Parque San Luis en 1996 por 98 millones de dólares. El Gobierno miró para el lado mientras las

⁷ GARCÉS, M. (2015). El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular, 1970-1973. Revista Atenea, 512, pp. 45-46.

retroexcavadoras comandadas por Joaquín Lavín, alcalde de Las Condes por ese entonces, demolían el conjunto habitacional.

Solo el Lote 18, propiedad del SERVIU, quedó en pie. Nuevamente hubo desalojos y presiones de la inmobiliaria hacia los vecinos para que les vendieran.

Por años se ha intentado extirpar ese lunar de la piel lozana de la comuna. El Lote 18 seguía sin ser completamente demolido por los juicios contra la inmobiliaria, por engaño en la compraventa de los inmuebles. Sin embargo, en 2016, los juicios se fueron resolviendo. El triunfo parecía definitivo y rotundo. En ese momento Miguel Lawner, ex director de la CORMU, se jugó la última carta que tenía para evitar la demolición de las torres: que las declarasen Monumento Nacional.

Las voces de la resistencia

Los discursos oficiales de la transición, aparejados con una justicia “en la medida de lo posible”, promovieron el silencio de los violentados y una mirada hacia un futuro de rosas. Sin embargo, las bolsas de olvido no existen. Siempre hay fisuras, intersticios, espacios por donde circulan otras memorias y otros discursos históricos⁸.

La Villa San Luis, en ese sentido, es un remanente del pasado capaz de convocar recuerdos, relatos y, a la vez, olvidos y silencios. Las ruinas del complejo habitacional son un sitio de memoria. Pero la memoria, como dice Todorov, es un proceso que se construye tanto a través de la práctica del recuerdo como a través del olvido. “No puede haber memoria sin que haya la posibilidad de olvidar, de seleccionar lo recordable. La destrucción progresiva y la inminente desaparición de la Villa San Luis, representa el proceso de creación y selección de la memoria de una ciudad, que se compone también de un olvido hecho de todos aquellos relatos y lugares que se pierden en el fluir de la historia”⁹.

Hasta el año pasado, la Villa había aparecido a cuentagotas en los medios de comunicación. La lucha porque el lugar fuese declarado Monumento Nacional puso el tema en El Mercurio, Cooperativa, Mega, entre otros. De pronto, habían muchas páginas escritas sobre *la* San Luis: les

⁸ GARCÉS, Mario (2002). *Recreando el pasado: Guía metodológica para la historia y la memoria local*. Santiago de Chile: ECO, Educación y Comunicaciones, p.5.

⁹ CHIARA y PULGAR. *Op. cit.* p 29.

preguntaban a estas personas cuándo llegaron, cómo los desalojaron y qué razones les dieron. Nosotros, que no teníamos idea de esta violación a los derechos humanos, no podíamos creer cómo el caso pudo estar silenciado por tantos años. Necesitábamos saber más. La mayoría de las notas, no rastreaban las huellas imperceptibles de su paso por el lugar, la cotidianeidad de los sentimientos, de los pensamientos, de las imágenes y las palabras, como diría la ganadora del Premio Nobel, Alexandra Alexiévich, en su magnífico libro de crónicas sobre el desastre de Chernóbil. Ese ha sido nuestro desafío.

Es imposible suplantar sin pérdida a quien vivió la experiencia. ¿Quién puede hablar mejor de la San Luis que aquellos que vivieron allí y fueron desalojados? Siete personas que habitaron en ella nos narraron su historia. Si bien el archivo nos sirvió para corroborar y comprender, estas crónicas se sustentan en esos testimonios. “La crónica es la restitución de esa palabra perdida. Debe hablar precisamente porque no puede hablar del todo. ¿En qué medida comprende lo que comprueba? La voz del cronista es una voz delegada, producto de una "desubjetivación": alguien perdió el habla o alguien la presta para que él diga en forma vicaria. Si reconoce esta limitación, su trabajo no sólo es posible sino necesario”¹⁰.

El mercado de la información, en general, muestra lo que le pasa a unos pocos: a los que tienen poder. Esta es una oportunidad para enfocar a esa gente común y la crónica, por definición de Leila Guerriero, es el momento de los otros. “Es una forma de pararse frente a la información y su política del mundo: una manera de decir que el mundo también puede ser otro. La crónica es política”¹¹.

En el diálogo con los ex vecinos no solo aparecieron hechos históricos, sino que también los sentidos e interpretaciones que la gente le otorga a los hechos vividos. Surgen sentimientos y emociones que chocan con la línea racional con la que tendemos a narrar nuestras memorias. Una de las entrevistadas, al narrar el día en que fue desalojada, piensa en cómo se torció su destino: “Desde que llegamos acá nos han pasado puras cosas malas, es increíble, una coincidencia terrible”. Y enumera muertes, separaciones, enfermedades. Al hablar no reabre ninguna herida, porque nada se cerró. El trauma social nunca ha sido superado y estas crónicas son el testimonio de ello.

¹⁰ VILLORO, J. (2006). La crónica, ornitorrinco de la prosa. Diario La Nación, Argentina. Visto el 24/02/2018 en <https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>

¹¹ CAPARRÓS, M. (2007). Por la crónica. 24/02/2017. Texto presentado como ponencia en el Congreso Internacional de la Lengua Española de Cartagena. Visto el 24/02/2018 en: http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm

Capítulo 1: La fogata de los sin casa

El auto de Salvador Allende se detiene en la ribera del río Mapocho en Las Condes. El candidato presidencial de la Unidad Popular se baja y, acompañado por el arquitecto Miguel Lawner, avanza hundiendo los zapatos en charcos de agua café formados por una lluvia implacable, intentando abrirse paso en medio de un tumulto efervescente que esperaba desde hace días su visita al campamento El Esfuerzo. Los ojos de Allende contemplan una hilera de casas de madera reforzadas por la nobleza de la mano humilde con nylon, hojalatas, fonolas y cartones. La gente le habla y le dice más cosas de las que puede recordar. Para ellos un hipotético gobierno de la UP no es una metáfora ni un símbolo, sino que una posibilidad de vivir mejor.

Logra llegar a una de las casas de madera que había sido habilitada para su proclamación. Unos pocos pueden entrar y el resto permanece afuera, aguantando el vendaval. Un hombre con un megáfono comunicaba todo lo que va pasando adentro. El candidato se acomoda e inicia su discurso. A poco de empezar, una mujer irrumpe agitada y con un grito acogotado: “¡La Marta está pariendo!”.

Marta, como casi todas las mujeres del lugar, iba a dar a luz en su casa. El ruinoso y angosto camino de tierra impedía que las ambulancias ingresaran. Si alguien se enfermaba, lo tenían que llevar en carreta al hospital y encomendarlo a su buena suerte. Allende, médico de profesión, se baja de inmediato del improvisado púlpito y se dirige con tranco apurado hacia su casa. Toda la población va tras él y se apelotona afuera de la vivienda para ver qué pasa. Miguel Lawner se guarece bajo un árbol, alguien trae una jarra de vino para entibiar el cuerpo y hacer correr los minutos hasta que el hondo grito de la recién nacida penetra en todo el lugar. La proclamación se cancela, pero Allende se queda un buen rato conversando con la gente.

A 44 años de ese acontecimiento, sentado en su escritorio de espaldas a una serie de planos enrollados y unos archivadores perfectamente ordenados, Miguel afirma que ya ha hablado suficiente de este tema, aunque desde los laberintos de su memoria siguen asomándose imágenes y diálogos. El candidato y él volvieron al auto. El extenuante itinerario no daba tregua y había que ir a otra parada. El “Chicho”, que tenía una impresionante capacidad para dormirse en los viajes, se acomodó en el asiento trasero del vehículo con una mezcla de tristeza, asombro y rabia tatuada

en su cara. La visita lo dejó tocado. Antes de cerrar los ojos le dijo a su acompañante: “bien valdría que me eligieran a mí Presidente. Aunque más no fuera para sacar a estos compañeros del barro”.

Dos meses después, Allende se impuso en las urnas ante al ex presidente Jorge Alessandri, pero no le alcanzó para la mayoría absoluta. Su triunfo debía ser ratificado por el Congreso. Antes de que se tomara esta decisión, un comando del grupo ultraconservador Patria y Libertad asesinó al general René Schneider. Un aviso de lo que podía venir si la Unidad Popular ascendía al poder. A pesar de ello, el parlamento ratificó el triunfo de Allende en las urnas. Chile a esas alturas ya se había convertido en un caldero burbujeante.

El dos de enero de 1971, a poco más de un mes de asumir, el presidente convocó a la primera reunión de Vivienda en La Moneda. Miguel Lawner, recién designado como director de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), estuvo ahí. La junta no duraría mucho.

“El ministro de Vivienda, Carlos Cortés, nos llamó a todas las corporaciones. Éramos cuatro, con diferentes atribuciones. Llegamos a esa reunión a las 8.30 y el ministro le dio la palabra al compañero Sergio López, director de planificación. Él se paró y el ‘Chicho’ preguntó: ‘A propósito, ¿cuántas son las viviendas que se están haciendo en Recoleta esquina Américo Vespucio?’. López se quedó callado. Todos nos miramos. Pasaron ocho segundos y Allende nos dijo: ‘muy bien señores, cuando estén preparados me avisan’”¹².

Allende, agujoneado por el tic tac del reloj, exigía soluciones rápidas y dignas. Al asumir, el déficit de viviendas alcanzaba 592 mil unidades y sólo en Santiago se contabilizan más de cien tomas de terreno. En su cabeza, y en la memoria colectiva, aún estaba fresca la cruel y humeante imagen de Pampa Irigoín. Un recuerdo espinoso y avergonzante. En 1969, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, alrededor de noventa familias sin casa se tomaron un fundo en Puerto Montt, para levantar ahí sus chozas. El ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic ordenó el desalojo inmediato, que acabó con diez muertos, cincuenta heridos y las barracas incendiadas, sentenciando así, a balazos, el derecho a la vivienda.

¹² TORO, Ivonne (2014). Villa San Luis: La caída del último bastión de Allende en Las Condes. The Clinic. Visto el 01/03/2018 en: <http://www.theclinic.cl/2014/05/19/villa-san-luis-la-caida-del-ultimo-bastion-de-allende-en-las-condes/>.

Cuatro días después de la masacre, el “Chicho”, por entonces presidente en ejercicio de la Cámara Alta, abrió la sesión de la siguiente manera: “Quiero señalar que estuve en Puerto Montt. Por lo tanto, lo que voy a decir lo he vivido, observado, conversado y discutido”¹³. Siguió con palabras que caían como dagas, un discurso ácido y sin evasivas. Insistió en que se trataba de un crimen premeditado y con alevosía, que Carabineros había actuado con el poder de fuego propio de una guerra y explicó por qué no hubo ocupación de terreno, sino una ampliación de una población que se había formado hace ocho o diez meses. El ministro del Interior no fue condenado por ningún tribunal, pero un par de años más tarde, en pleno gobierno de la UP, fue acribillado por el grupo ultra Vanguardia Organizada del Pueblo.

Para Allende la vivienda era un derecho irrenunciable del pueblo que el Estado debía proveer¹⁴. En Las Condes, la comuna con más campamentos de la Región Metropolitana, las comunidades se empezaban a organizar. Si no era ahora, no sería nunca, pensaban ellos. Un grupo de allegados de la población Colón Oriente se tomó el terreno del Reactor Nuclear en La Reina. Llegaron solo con carpas, ollas y teteras. Nadie los echó. Centenares de personas se registraron en los comités sin casa, rebasando por mucho las estadísticas registradas en los libros de la CORMU. Miguel recuerda especialmente a una agrupación formada por empleados y empleadas del Hospital del Tórax. Llevaban diecisiete años esperando por una solución habitacional.

La gente de El Esfuerzo y El Ejemplo, en tanto, no olvidaba que mientras tomaba té en casa de uno de los vecinos, el mandatario les había dicho: “con estas rucas los engañan”. Con esa frase atesorada como su gran esperanza, y con una ardiente paciencia, un grupo de los que vivía en la ribera del Mapocho se juntaba todos los días en Tomás Moro, a la espera de que Allende pasara en su auto rumbo al palacio presidencial. Iban con carteles que rogaban por una solución para tener su casa propia. Allende reconoció a uno de los dirigentes y pidió a su chofer que parara. Bajó la ventanilla para hablar con la comitiva. A su lado iba el ministro de Vivienda Carlos Cortés y le pidió que buscara una alternativa para ayudarlos.

¹³ INTERVENCIÓN ante el Senado de la República de Chile, 13-03-1969, Archivo Salvador Allende, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1990.

¹⁴ FACULTAD de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile (2015). La deuda de Chile con el derecho a la vivienda. Visto el 26/02/2018 en: <http://www.fau.uchile.cl/noticias/115045/el-derecho-a-la-vivienda-en-chile-deuda-que-heredamos-de-la-dictadura>

Miguel Lawner sabía que en Las Condes había un terreno baldío que podía usar para construir viviendas sociales. El Fundo San Luis abarcaba más de 150 hectáreas, limitado por Avenida Kennedy al norte, Avenida Los Militares al sur, Nuestra Señora del Rosario al oriente y por Avenida Américo Vespucio al poniente.

La propiedad originalmente pertenecía al ex alcalde de Providencia, Ricardo Lyon Pérez, y a su esposa Loreto Cousiño Goyenechea. Al morir Lyon, Cousiño acordó vender el Fundo Lo Lastro y parte del Fundo San Luis a la Junta Central de Beneficencia –institución predecesora del Ministerio de Salud– por \$3.010.000¹⁵.

Los herederos impugnaron el testamento e iniciaron un litigio que estuvo estancado por cuarenta años en tribunales. Hasta que en 1968 la CORMU –que tenía la facultad de expropiar un terreno pagando su precio si consideraba que hubiese una necesidad pública– lo adquirió.

El arquitecto Miguel Eyquem, predecesor de Lawner, trazó un proyecto sin parangón a nivel nacional, una “ciudad dentro de la ciudad”, un conjunto que pretendía descongestionar el copado centro de Santiago y acabar con la baja densidad poblacional de Las Condes. El plan –que además incluía un centro cívico y una sede cultural con programas de entretenimiento y comercio– constaba de sesenta y un torres escalonadas con forma de zapato, de 17 a 20 pisos, con terrazas descendentes, vista a la cordillera y ventilación cruzada, toda una joya de la arquitectura moderna en la que se pretendía ubicar a familias de sectores medios y altos.

“Un proyecto de tal naturaleza resultaba antagónico con el programa del gobierno de Allende, decidido a otorgar prioridad a los sectores de más bajos ingresos, cuyas demandas habitacionales habían quedado sin respuesta en los gobiernos anteriores”¹⁶, explica Miguel Lawner.

Durante el gobierno de Frei Montalva, a los vecinos les habían ofrecido irse a vivir a la periferia. Los que tomaban la opción casi siempre terminaban volviendo. En el oriente de la capital estaban sus trabajos, sus familias, sus amigos, sus raíces. Miguel Lawner no los iba a mover de sus apegos y no encontró ninguna razón para no levantar la Villa en el Fundo San Luis. Descolgó el teléfono y llamó a Eyquem para decirle que el fundo iba a ser para los sin casa de Las Condes. Siempre que

¹⁵ LAWNER, M. (2007). Demolición de la Villa San Luis de Las Condes. Historia de dos despojos. Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo

¹⁶ IBÍD. p.2.

le cuestionan su decisión, el tira de vuelta una retahíla de preguntas que golpean la mesa con la contundencia de un mazo. “¿Por qué no?, ¿por qué los pobres no podían vivir en una comuna acomodada si tenían sus trabajos ahí?, ¿por qué íbamos a mandar a vivir a la gente de los campamentos de La Pintana?”¹⁷.

En enero de 1971 se convocó a un concurso para el levantamiento de la obra. La construcción de las 1038 viviendas, en bloques de hormigón armado de cuatro a cinco pisos de altura, estaría a cargo de Moller y Pérez Cotapos, Boetsch & Cia, Arquín y Desco. Una parte de los terrenos se destinó para viviendas de militares y otra se le donó al club Universidad de Chile para que construyese ahí su estadio. Los “azules”, a cambio, realizarían escuelas de fútbol gratuitas para los niños del sector. En abril empezaron a construir a contrarreloj. En un año tenía que estar todo listo.



Figura 1. Revista Auca. [s.a.]. Primeras faenas en terreno. Recuperado de: https://www.plataformaarquitectura.cl/cl/761203/clasicos-de-arquitectura-barrio-san-luis-cormu/54ca55d9e58ece5c5e000268-auca_210007-jpg

“La idea no era crear un gueto o una suerte de isla en conflicto con el entorno existente, sino que una ciudad integrada (...) En la doctrina urbanística de ayer y de hoy, se impugna la segregación social como un fenómeno de efectos nefastos para la sociedad. La existencia de barrios altos exclusivos, separados de otros conformados como bolsones de pobrezas, es un factor instigador del resentimiento social y de la criminalidad. Esta apreciación es unánime, sin embargo

¹⁷ TORO. Op. cit

aparece como una aspiración utópica cuando se trata de hacerla efectiva. Pero el gobierno de Allende no permitió que el uso del suelo fuera regulado sólo por las leyes del mercado”¹⁸, sostiene el arquitecto formado en la Universidad de Chile.

María Cáceres está sentada en el living de Inés González, una casa en la que hay una biblia abierta, crucifijos y decenas de papelitos de colores con citas del libro sacro. A estas dos mujeres de generaciones distintas las une un vínculo que no necesita sangre, enhebrado por la religión, los años de convivencia y también por su lugar de origen. María habla con la autoridad de una ministra del tiempo e Inés la escucha con atención. Cuenta que nació el 26 de septiembre de 1942, en las parcelas que estaban detrás del Club de Polo San Cristóbal, cerca de donde hoy está La Casa Piedra. Conoció El Esfuerzo antes de que tuviera ese nombre y aclara, una y otra vez, que no era un campamento, sino una población. Por su mente desfilan nombres, rostros y apodos. María le pregunta a Inés si se acuerda del “Tuco”, de la familia Cornejo, de la abuelita Ester. Inés asiente con la cabeza y le pregunta por el “Cachencho” y el “Chol Chol”. Ambas sueltan carcajadas cómplices al recordar a la “señora Zapallo”.

María era la mayor de ocho hermanos. Recuerda que de niña se sentía atraída por el fulgor plateado de las murallas y que las limpiaba para que estuvieran “brillositas”. La casa de sus padres era de piedra con barro, lo único a lo que podían echar mano. Años después la ampliaron con madera para intentar cubrir de mejor manera sus necesidades. Sin embargo, el paso del tiempo dejó el material en un estado calamitoso. El municipio de Las Condes les ofreció unas casas muy parecidas a las que hoy entrega Un Techo para Chile y que se pagaban en cuotas, mensuales, semanales, quincenales, como se pudiera. A María se le escapa de la memoria el precio, pero sí recuerda que eran dos piezas y que el número de su casa era el 21. Inés, transportada en el tiempo por el relato, evoca su casa color ladrillo, de “rejita blanca”, con un parrón afuera y con el número 17 en la puerta.

A poco más de media cuadra del departamento donde están Inés y María, en la despiadada Villa Alessandri de Pedro Aguirre Cerda, vive doña Juana Albornoz, otra vecina de El Esfuerzo. Abre la puerta y pregunta en un tono áspero qué quiero. Le digo que vengo a entrevistarla y, pese a

¹⁸ LAWNER. Op. cit., p.3.

recordar la conversación telefónica de hace dos días, mira con cierta desconfianza. La vida la ha curtido y le ha enseñado a usar armadura.

Llegó hace poco del trabajo. Todavía lleva puesto el uniforme de polera gris y pantalón azul que utiliza para cumplir sus labores de aseadora en la estación del metro El Llano. Dejó Cauquenes a los 20 años y se vino buscando una vida mejor. Hoy, a sus 83 años, sigue afanando para poder mantener “el agua y la luz al día”. Mientras se sienta en la mesa de su comedor para servirse un plato de pantrucas, Juana deja la coraza a un lado por un momento y expone sus penas.

“Cada vez que llovía, a nosotros nos iban a buscar y nos llevaban a la Escuela Militar. Ahí estábamos semanas. Cuando ya bajaba el río, ellos nos volvían a llevar otra vez. Me da pena acordarme...perdón, perdón”, dice antes de irse a la pieza por unos minutos.

El miedo a ser arrastrados por el río sumergía a la gente en una tenebrosa angustia al llegar el invierno. María Cáceres dice haber tenido 8 o 9 años cuando vio por primera vez al Mapocho salirse de su cauce. La segunda vez ya estaba casada. El agua llegaba hasta el puente y se llevó a los chanchos y a las gallinas de su mamá. Su hijo mayor empezó a convulsionar por miedo al ruido salvaje del río. “Usted no podía dormir porque las aguas bramaban”, cuenta María.

Inés agrega que las mañanas de invierno amanecía “todo blanquito”. El suelo, las casas y los árboles. Ella se iba a jugar con los niños, pero sus papás tenían que sacar rápidamente la nieve del techo para que el pizarreño no cediera.

Las inundaciones y las nevadas no eran el único problema. Al principio ni siquiera había agua potable. Por años se abastecieron mediante vertientes que los mismos pobladores construían con piedras a la orilla del río. Tras insistir e insistir, lograron que les instalaran un pilón por cada cuadra. Los vecinos sacaban las mangueras y llenaban tambores para sus quehaceres domésticos. Cuando una vecina tenía más de dos tambores las demás la molestaban diciéndole que tenía “la lavadora automática”. María también tenía su *lujito*: su marido armó una ducha de agua caliente con la mitad de un tambor, un pedazo de cañería y unas mangueras.

“La basura no pasaba. No había baños químicos, no se conocían en ese tiempo esas cosas. Cada sitio tenía su pozo séptico y se trataba de mantener de la mejor manera para que no se juntaran moscas. ¿Cómo hacerlo? Echando el agua, las lavazas –con la que se lavaba la ropa– como desagüe, para que el agua vaya cayendo allá, y agregándole ceniza y cal. Era la única manera de que no

hubiera olor a *wáter*. Uno se iba pasando el dato uno con otro. ‘Oye, hace esto para que el baño no tenga olor’”, recuerda María.

Avanzado 1971, personeros del gobierno asistieron a las poblaciones y tomas de terreno para ofrecerles la posibilidad de acceder a una vivienda digna.

Desde el año '69 se habían empezado a formar varios comités que exigían una solución para el problema habitacional. Cada uno aglutinaba alrededor de 100 familias. Podían postular madres solteras, parejas, matrimonios y familias. Solteros y sin hijos quedaban excluidos. Al iniciar el trámite había que sacar una libreta CORVI, que se obtenía en el Banco Estado. Para incorporarse al Comité se exigían, por lo menos, cinco cuotas.



Figura 2. Archivo del Comité en Defensa de la Villa San Luis. [s.a.]. Reunión de los comités de vivienda de la comuna de Las Condes. Recuperado de: <https://www.facebook.com/Lote18villasanluis/photos/a.1253464971345836.1073741827.1253429341349399/1253464984679168/?type=3&theater>

María, que se había ido a arrendar a una casa en El Salto que no resistió la primera lluvia, fue un día a visitar a su mamá a Las Condes y se encontró con un tremendo cartel de fondo blanco y letras negras que anunciaba la construcción de la Villa. Fue a hablar con el jefe de obras y éste le dijo que no podía postular por haberse ido de la comuna. Apesadumbrada, caminó en dirección al Club de Polo. Por allí andaba un viejo compañero de su papá. Le preguntó qué le pasaba y ella le contó. “Pero cómo, si usted es nacida y criada aquí pues *mijita*”. La mandó a hablar con la asistente social del Club de Polo. María le comentó su historia y la mujer escribió una carta para el jefe de

la obra. Volvió a la construcción. El hombre abrió la carta y le dijo: “estaba levantando su casa, esa es la suya”.

Con una sonrisa cruzándole el rostro volvió a El Salto. Su marido, su “principito”, la estaba esperando. Cuando le contó que tenían casa y que iba a hablar con un amigo que tenía camión para que la ayudara con la mudanza, Alberto no se entusiasmó con la idea, le dijo que de dónde iban a sacar plata y cómo se iban a ir para allá si ya estaban instalados en su nueva casa. María, por mucho que lo amase, no iba a dejar pasar la oportunidad. Ya habían estado separados una vez. Estaba decidida, sus hijos no iban a ir los tumbos de un lado para otro.

Los delegados del Comité iban hasta la CORMU para discutir los planos del proyecto. Reuniones maratónicas, que acababan con cuellos desabotonados, camisas arremangadas y cigarrillos *achurrascados* en el cenicero. Carlos Cortés, un obrero que había ascendido hasta el ministerio de Vivienda sin perder la humildad, los trataba sin poner galones de por medio. Se paseaba por los campamentos con atuendo informal, sin guardia pretoriana, no haciéndose problema mientras un niño revoloteaba como mariposa debajo de la mesa que él usaba en las reuniones en las casas de los pobladores. Varias veces invitó a los dirigentes a reuniones en su residencia en la comuna de Independencia. Todos quedaban boquiabiertos al ver que parte de la vivienda tenía piso de tierra. “Ese hombre era como fruta fresca, a nadie le podía caer mal”, cuenta Ester Esparza, esposa de Juan Carlos Larrañaga, uno de los dirigentes de los comités.

“Fue muy importante hacer un esfuerzo por interpretar la forma de vida y adaptar las necesidades de los pobladores, con poco presupuesto, porque era un país mucho más pobre. Con pocos medios fue posible hacer una buena solución para que la aprovecharan y tuvieran una calidad de vida mejor de la que tendrían en un edificio tradicional”¹⁹, narra el arquitecto Alberto Collados, quien junto a su grupo se ganó la licitación para construir 130 unidades habitacionales del conjunto.

“Era gente que venía, fundamentalmente, del campo, de primera o segunda generación. Nosotros hicimos un proyecto que tenía tres, cuatro y cinco pisos, y que se llegaba a los departamentos por unas veredas, parecidas a las de las calles, con baldosas de ese tipo y descubiertas, al aire libre. Las

¹⁹ FLORES, L. (2017). "A la Villa San Luis llegaban a vivir con chanchos y gallinas". Entrevista al arquitecto Alberto Collados. La Segunda (16/11/2017), p.11.

veredas eran lo que se veía como lo más importante del conjunto, dándole importancia al aire libre y, además de eso, había un patio cubierto que estaba en el nivel del segundo piso de modo de llevar el piso más arriba, de incorporarlo al edificio. Y ese patio cubierto era para uso múltiple: conferencias, fiestas, clases de gimnasia. La otra característica que les dio: eran departamentos chicos, de unos 50 metros cuadrados, de dos o tres dormitorios. Había un patio con las baldosas de vereda, de unos dos metros cuadrados, a través del cual se entraba al departamento y eso daba la sensación de entrar a una casa. Ese patio era muy importante, familiar, era como un *balconcito*, y desde ahí se entraba a los departamentos, que eran *dúplex*”, agrega Collados.



Figura 3. Revista Auca. [s.a.]. Los futuros ocupantes miran la maqueta de sus viviendas. Recuperado de: https://www.plataformaarquitectura.cl/cl/761203/clasicos-de-arquitectura-barrio-san-luis-cormu/54ca53d8e58ece990100027b-auca_21_maquetas0005-jpg

El crudo invierno del '71 complicó las faenas en la construcción. Algunos materiales escaseaban y un miedo latente carcomía las mentes de los encargados de la obra: que las muchas tomas que pululaban por Santiago, se adueñaran los departamentos de San Luis. “Los maridos tenían que amanecerse cuidando para que gente de otras poblaciones no se los tomaran”, afirma Juana Albornoz, ya con más calma.

En abril de 1972, urgidos por el inminente riesgo de toma, se hizo entrega de los primeros 250 departamentos. Salvador Allende recorría la Villa enfundado en un abrigo que le llegaba casi hasta las rodillas y con su tradicional sombrero fedora en las manos. Con una mirada serena, sin

ademanos histriónicos de político ante las cámaras y envuelto en el sonido de un aplauso rotundo. Por petición de la gente el conjunto pasó a denominarse Carlos Cortés, en honor al ministro que firmó las preasignaciones y que murió de un infarto antes de verlos terminados. Miguel recuerda que muchas mujeres lloraban al recibir las llaves de su nuevo departamento.

“Imagínese.... Vivir en una casita, si se puede decir, en una *ranchita* y de ahí irnos a un departamento que tenía tres piezas. Los niños tenían cada uno su pieza y las niñas también, ya era otra cosa”, relata Juana Albornoz.

Los dirigentes daban instrucciones *a grito pelado* y con gestos ampulosos para que todos se ubicaran donde les correspondía. Los orgullosos nuevos propietarios llegaron en carretas cargadas con palos, cajas de tomate para guardar la ropa y trozos de tabiques. Los dirigentes les decían: “¡Para qué se trae esta tabla podrida, *compañerita*... vea los lindos *clósets* que le tenemos!”²⁰. Pero ellos no sabían lo que era un clóset ni usar los artefactos de limpieza ni menos manipular tableros eléctricos.

“Entonces, debido a la situación los propios dirigentes los convencieron que los botaran. Porque intentaban subir con todas esas tonterías viejas y añosas. Se produjo una fogata gigante. Muy emocionante, me acuerdo. Nunca me he olvidado de eso. Estaba con mi compañera (su esposa) y lloramos al verla, porque hubo un momento en que la gente empezó con furia a tirar toda la *mierda*, para que se acabara ese mundo *cagón* en que habían vivido”, rememora Lawner con un destello esmeralda en sus ojos.

Un vecino empezó el guitarreo al ardor de la fogata. Unos cantaban, otros descorchaban sus risas sin cesar. Los niños corrían endiablados alrededor, encaramándose en los camiones, tractores y carretelas que habían ocupado para acarrear las cosas de la gente. Este era su nuevo comienzo.

²⁰ LAWNER. Op. cit., p.5.

Capítulo 2: Breves fragmentos de una vida feliz

Jimena Salinas llegó por primera vez a la Villa San Luis y buscó el departamento 47 del *block* cuatro, el que se les había asignado hacía tiempo a sus papás. Sus reparos por tener que dejar El Esfuerzo se esfumaron al ver el lugar en el que viviría. La puerta se abrió y recorrió con asombro su nuevo hogar. El departamento estaba hecho de hormigón, piso laminado *flexit* y las ventanas tenían vidrios. Había tres piezas grandes, una cocina separada del *living* y del comedor, y un baño solo para ellos. Lo que más le gustó fue un balcón en el que podía mirar el resto de la ciudad. “Nada era de madera”, cuenta.

Hoy Jimena, 45 años después, sube por las escaleras de la Villa Alessandri, exhalando bocanadas de humo en una fría mañana de invierno. Antes de la entrevista fue corriendo donde su tío y, prometiéndole cuidarlo como *hueso santo*, se trajo un diario viejo en el que aparecen muchas de las cosas que nos va a contar.

Sus padres se casaron muy jóvenes. Julio tenía 21 años y Sonia 15. Los dejaban vivir en los terrenos que cuidaban. Una vez se les quemó su improvisada casa y Jimena casi muere calcinada, la salvó una tía. De ahí fueron a hacerse cargo de unos sitios en dónde se levantó El Esfuerzo. Allí Jimena aprendió a caminar entre el barro y volvió a coquetear con la muerte en un accidente doméstico. “Una vez, cuando chiquitita me caí en un tambor por juntar agua y casi me ahogué”, recuerda.

A comienzos de los '70 a Sonia le dijeron que podía postular a una vivienda y se las ingenió para juntar la plata. Uno de sus patrones le había regalado un televisor, un lujo para la época, y ella lo instaló en el patio, cobrando entradas para ver una película o un partido de fútbol. Jimena se llena de orgullo y cuenta que su mamá trabajaba *codo a codo* con su papá, que se pegaba el *pique* a La Vega a comprar dulces para vender entre la gente que llegaba a mirar la tele. Así fueron juntando, con mucho sacrificio, para pagar mes a mes las cuotas que exigía la CORVI.

Una emoción similar embarga a Rosalía Contreras. Ella está en el comedor de su casa, su mente oscila como un péndulo entre *la* San Luis y la Villa Alessandri, donde vive actualmente. Se casó con su marido a fines de los sesenta y una hermana de él les dijo que postularan a un departamento en *la* San Luis. Por trabajo se tuvieron que ir Cabrero, en la VIII Región, a cuidar una residencia

del Banco Estado. Allá nació su primer hijo y disfrutó de una vida apacible que a veces extraña en sus tardes de nostalgia. Un día le avisaron que no le entregaban su departamento si no estaba en Santiago. Hizo las maletas con su marido, tomó de la mano al niño y partió al terminal.

Al llegar no había agua ni luz y el alcantarillado aún no estaba listo. Rosalía recuerda que en los patios les pusieron casetas sanitarias y cordeles para que colgaran la ropa. Se ve así misma bajando y subiendo por las escalinatas con toda la loza a cuestras, calculando cada paso para no perder el equilibrio.

“Lo pasábamos bien igual. Incluso con los vecinos nos uníamos más. Nos poníamos de acuerdo quién iba a lavar primero, porque éramos hartos y no podíamos estar haciendo fila. Nosotros quisimos irnos así, para que no nos quitaran lo nuestro”, relata la mujer, quien gasta la semana trabajando y cuidando a los nietos que le dio su hijo mayor. Pablo, el menor, falleció de cáncer hace años.

Rosalía dice que no les costaba conseguir trabajo allá. Los “ricachones” llegaban a la Villa buscando personas que les cocinaran, que les cuidaran a los niños, que les plancharan. Muchos hombres trabajaban en el Club de Polo o en el Club Manquehue. Eduardo Fuenzalida, el esposo de Rosalía, se acuerda de las fiestas “a todo trapo” que les organizaban los patrones a fin de año y de las cajas de centolla congelada que les regalaban para las fiestas asegurando que nunca más va a poder comer eso. También recuerda que los agricultores que tenían campos de cultivo donde hoy está el Parque Arauco, después de sacar lo que iban a vender, dejaban que los vecinos fuesen a tomar lo que quedaba en las matas sin cobrarles un peso. Eran vidas pobres y modestas, de hombres y mujeres que transitaban por una época extraordinaria intentando vivir, entre todos, lo mejor posible. “Era *na'* que ver con la gente de ahora. Nosotros estábamos en la gloria”, piensa Eduardo, tratando de aquietar a Domi y Luna, las dos perritas que juegan entre sus pies y que le colorean la vida a él y a su esposa.

Las palabras de Eduardo hacen reflexionar a Rosalía. Por su cabeza desfilan una seguidilla de fragmentos. Ve a sus hijos a bordo de sus triciclos o de sus bicicletas agitando las veredas. Las gotas de sudor recorriendo sus frentes después de la pichanga en la cancha de fútbol. Otra imagen. Ahora están de espaldas, elevando volantines en el amplio patio de la Villa. Se acuerda que los fines de semana iba un grupo a hacerles clases de lucha libre y que en navidad los vecinos juntaban plata para hacerle una fiesta y comprarles juguetes de plástico.

“Todos los niños de la edad mía y los más grandes, nos íbamos a jugar a un patio gigante que había. Éramos felices. Jugábamos a las bolitas, al trompo y nadie nos decía nada. Nos pusieron luces y no parábamos. De todas las niñas que jugaban, yo era la ‘María Tres Cocos’. Yo les pegaba a los cabros para ganarme las bolitas. Todavía tengo algunas guardadas. Son cosas que te quedan”, rememora, entre risas, Jimena Salinas.

“Todos éramos familiares. Para mí, todos los chiquillos con los que jugaba en ese tiempo eran mis amigos y mis hermanos. Todos los adultos para mí, eran los tíos. Nos decíamos primos, hermanos y amigos”, agrega.



Figura 4. Toro, I. (2014). Una pareja sostiene a su hija recién nacida en el patio de la Villa San Luis. Recuperado de: <http://www.theclinic.cl/2014/05/19/villa-san-luis-la-caida-del-ultimo-bastion-de-allende-en-las-condes/>

Hasta marzo de 1973, se entregaron 1038 unidades habitacionales. Para ese entonces, el país se resquebrajaba. Salvador Allende tambaleaba en el cargo, la inflación alcanzaba niveles siderales y los militares, secundados por la derecha, amenazaban con un pronunciamiento. El país se escindía en dos bandos contrapuestos y se consumía en una violencia que derramaba lava. Los habitantes de la Villa que viajaban a las marchas en apoyo a Allende eran atacados en Pedro de Valdivia por el grupo nacionalista Patria y Libertad.

Los camioneros se desplegaban como una gigantesca serpiente por las carreteras asfixiando al país. Los anaqueles de las tiendas lucían vacíos. Las patronas de la gente *de la* San Luis hacían

sonar sus cacerolas vacías y les pagaban a sus empleados para que fueran a hacer colas para poder comprar algo de comida. Allí iba Jimena con su mamá, aguantando filas de más de diez horas.

La segunda parte del conjunto habitacional se retrasó debido a la falta de materiales. “Estamos con algunos problemas de abastecimiento. Los ‘momios’ han empezado a acaparar los materiales de construcción, pero nos vamos arreglando con los Comités de Producción”, le explicaba el presidente del Comité de Pobladores, el “Gordo” Valenzuela, a un grupo de extranjeros interesados en el proyecto de viviendas sociales.

El arquitecto Miguel Lawner corrobora la versión de Valenzuela. “Sí, por eso nos demoramos más de la cuenta. A fines del ’72, no se notó tanto, pero desde la elección (parlamentaria) en marzo del ’73, donde se confirmó que Allende subió su apoyo del 36% a 44%, a pesar de que inventaban lo de las crisis y todo, ahí se puso muy pesada la cosa con los camioneros”, expresa.



Figura 5. Archivo del Comité en Defensa de la Villa San Luis. [s.a.]. Pobladores y propietarios de la Villa San Luis durante la construcción de sus viviendas. Recuperado de: <https://www.facebook.com/Lote18villasanluis/photos/a.1253464971345836.1073741827.1253429341349399/1253527188006281/?type=3&theater>

“¡Vecino, lo buscan!”, grita una mujer hacia el último departamento del segundo piso de uno de los *blocks* de la Villa Alessandri, un lugar de cortinas cerradas, oscuro y separado del resto por una reja negra que cruza el pasillo de lado a lado. Le dije a la vecina que buscaba a Marmaduke Barrera, pero ella no lo conocía por ese nombre y contó que el hombre que vivía allí se veía poco.

Por una puerta se asoma un rostro parco, de pelo grisáceo, que interroga sin decir palabra. Le digo que quiero hablar sobre la Villa San Luis y le cambia el semblante. Busca entre un manajo de llaves la que le sirve para abrir el candado y, amablemente, dice que podemos hablar en cualquier momento. Ella lo mira con extrañeza.

Marmaduke Barrera, dirigente de la Villa, se levantó temprano el once de septiembre del '73 porque iba a Pedro de Valdivia con Los Tres Antonios a comprar telas para sábanas que luego vendería a sus vecinos. A medida que avanzaba, se topaba con tanques y camiones llenos de soldados. Supo de inmediato de lo que se trataba, los augurios de sus patrones se estaban cristalizando, el verde mustio de los uniformes militares invadía Santiago a punta de metralla. Volvió de inmediato a su casa, atolondrado, preocupado por su esposa, su hijo de cinco años y su niña, que no cumplía el mes de nacida.

Algo similar le ocurrió a Juana Albornoz. Al llegar a su trabajo en la Embajada de Estados Unidos le dijeron que se tenía que ir y que era probable que el embajador, Nathaniel Davis, no volviera. La subieron a un auto y partió de vuelta a su departamento. Puso la radio y escuchó el tono sanguinolento de los bandos militares. Desde el tercer piso, en una ciudad sin tantos edificios, pudo ver el humo negro que cubría La Moneda. Un poco más tarde, sintió de cerca la música feroz de los aviones. La residencia presidencial de Tomás Moro era bombardeada por los Hawker Hunter piloteados por el capitán Eitel Von Mühlenbrock y por el teniente Gustavo Leigh Yates, hijo del comandante en jefe de la FACH y miembro de la junta militar.

“Viera como celebraron los ricos aquí ese once de septiembre de 1973: bailaron, hicieron asados. Creo que la Villa San Luis fue el acabose de Allende, porque los ricos no nos querían cerca, nos veían como un peligro y estaba metiéndose Estados Unidos, ve que yo sé, si yo leo: la CIA vino con sus dólares y botó a Allende”²¹, se acuerda Gabriela Ríos Cárdenas, sentada en su solitario departamento de la Villa San Luis. Ella fue una de las últimas en abandonar el lugar cincuenta años después.

Los pobladores *de la* San Luis se transformaron en parias. El alto mando del Ejército y el sector más conservador del barrio alto los acusó de delincuentes, terroristas estratégicamente ubicados

²¹ TORO. Op. cit.

para asaltar la refinada Las Condes. “Decían que éramos un polvorín dentro de la comuna”, afirma Marmaduque Barrera.

“La gente de los alrededores comenzó a decir que éramos un peligro para el sector y como la gran mayoría éramos humildes, nos asociaban inmediatamente con delincuencia. En el tiempo que viví ahí, nunca supe de algún hecho de ese tipo. Todos éramos personas de esfuerzo, los padres trabajaban todo el día y los niños iban a sus escuelas. Me hice amigos de niños y niñas que vivían en los alrededores —a los que les decíamos ‘los ricachones’, porque eran de familias adineradas— y los llevaba a mi casa a tomar once. Nunca les pasó algo, todos éramos amigos”²², relata Inés.

Jimena Salinas se enfada y enumera parte del currículum de Sonia Rodríguez, su madre. Cuenta que trabajó con el ex entrenador de la selección chilena, Fernando Riera y con el periodista que inmortalizó la frase “alarma de gol”, Luis “Mañico” Román; dice que Sonia conocía todos los entresijos subterráneos de La Moneda porque fue empleada de la familia Alessandri y que Eduardo Frei Ruiz Tagle estuvo tomando once en su casa. “Mi mamá se codeó con mucha gente que era en ese tiempo de la alta sociedad. Ellos la ayudaron para que se pudiera comprar su departamento. Fueron fundamentales en la educación de nosotros. Mi hermano estudiaba en el Saint George’s *College*, porque uno de ellos le pagaba el colegio. A nosotros nos miran en menos, pero es porque no saben nuestra historia”, afirma sentada en el living de su casa.

Poco y nada importó esa buena relación y una hoja limpia de antecedentes. Los soldados llegaron a la Villa y arrasaron con la plaza. La escultura del ministro Carlos Cortés fue arrancada de cuajo y quedó tirada en el piso. Juan Carlos Larrañaga, a hurtadillas, la rescató y la escondió debajo de su cama al caer la noche. La mamá de Jimena vio venir a los uniformados por la ventana y rápidamente se puso a quemar todo lo que pudiese relacionarse con la figura de Salvador Allende. En eso estaba cuando un grupo de militares irrumpieron en su departamento a *chuchada* limpia y con fúsil en mano. Golpearon a su marido y a su hijo, le rompieron los muebles y los dejaron sin comida. “Nos juntaron todo, la harina con la azúcar, los fideos con leche. No nos quedó nada y tampoco teníamos qué comer. Mi mamá nos tuvo que dar unos fideos vencidos”, rememora Jimena. En la casa de Inés daban vuelta los colchones y los rajaban buscando armas. “¿Qué arma busca? La única arma que tengo yo acá es la palabra de Dios”, les decía la madre de la “Pepa”.

²² SÁNCHEZ, M. (2017). Yo viví en la Villa San Luis. La Tercera, Santiago de Chile, 30 de junio.

“A nosotros nos atropellaron mucho”, comenta Marmaduque. “Nos sacaban a las doce de la noche o dos de la mañana. Nos ponían un saco en la cabeza, nos vendaban, nos echaban a un camión igual que tirar zapallos arriba y nos iban a tirar a no sé qué parte. Nos ponían de espaldas al muro y pasaban las balas en las metralletas simulando que nos iban a fusilar. A todos los que éramos dirigentes”, recuerda, con voz firme y rabiosa.

Su martirio, y el de varios más, proseguía por la mañana. Lo llevaban a la polvorienta cancha de fútbol de la población y lo obligaban a ponerse boca abajo, con el torso desnudo. “Si usted se enderezaba o hacía cualquier cosa le caía el culatazo en la cabeza, en la espalda o en cualquier parte. La vida de nosotros fue terrible. No respetaron ancianos, mujeres ni niños chicos”. Un día, Marmaduque pudo encontrar el carnet que le habían dado en el regimiento de Alta Montaña cuando hizo el servicio y se lo fue a mostrar al teniente. Ya no lo molestaron más. Juana Albornoz, para evitar problemas, renunció al Centro de Madres. La habían amenazado con colgarla de los arcos de la cancha si no se iba.

Los uniformados se agazapaban en los matorrales, con la guadaña en ristre, rastreando cualquier movimiento fuera del horario establecido por el toque de queda. “¡Éntrate, mierda!”, le gritaban a cualquiera que se asomara a los balcones antes de abrir fuego con una andanada de balas que destrozaba ventanas y dejaba una terrorífica huella en el concreto como advertencia. Las mujeres se guarnecían en un rincón y, a gatas, trataban de cocinar, limpiar y hacer sus labores domésticas.

Rosalía, que hacía pocos meses había dado a luz a su segundo hijo, puso una frazada en su ventana para evitar que se trasluciera la luz cuando iba a ver a su guagua. Un día le golpearon la puerta. Una pareja de conscriptos le preguntó cuántas personas vivían en la casa y entró a inspeccionar la caja con mercadería de la familia. No le robaron nada, como a otros pobladores, y se fueron. Sin embargo, ella notó que algo habían dejado sobre la mesa. Era el Manifiesto del Partido Comunista.

Llamó a su marido, asustada, preguntándole por qué lo habían dejado ahí. Eduardo salió al pasillo y llamó a los uniformados: “*Oiga mi cabo*, dejaron este libro acá”. No se detuvieron y siguieron caminando. “Yo le dije que se los tirara *pa’* abajo. Y se los tiró Eduardo *pa’* abajo. *Pa’* qué lo íbamos a dejar nosotros, *pa’* que lo vieran, puros problemas. Nosotros nunca hemos sido comunistas”, explica la mujer.

Los vecinos evocaban sus momentos felices como fragmentos de un vidrio trizado. Ya ni siquiera hablaban con la misma confianza de antes con el de al lado, cuenta doña Juana. “Las vecinas ya no eran vecinas y no hablábamos, por el temor de encontrarnos con alguna persona de malos instintos y que nos acusaran de ser terroristas. Al otro día, a uno lo venían a buscar y no se veía nunca más”.

Los pobladores pasaron a vivir bajo vigilancia constante, padeciendo en sus carnes el miedo a ser engullidos por las oscuras fauces de esa dimensión desconocida que ya había devorado a tantos. Seis miembros del Partido Comunista se escondieron en los techos de los departamentos blancos. La gente les pasaba ropa y comida a escondidas. De vez en cuando, bajaban hasta el quinto piso para darse una ducha. La señora Jimena recuerda a uno en particular, a un hombre gordo. Al descender no lo pudo reconocer. La ropa ondeaba en su cuerpo esquelético y de su rostro cadavérico se desprendía una larga y mustia barba. Era un fantasma de la persona que había sido.

Muchas familias huyeron. Varios fueron detenidos y a otros les fue mucho peor. Drago Vinko Gojanovic Arias, chileno-yugoslavo de 23 años, trabajaba como chofer en la Embajada de la República Democrática de Alemania y era miembro del Partido Comunista. El mismo once de septiembre se subió a una camioneta y partió a defender la residencia de Tomás Moro y a proteger a la Primera Dama, doña Hortensia Bussi, del ataque conjunto de la Fuerza Aérea y del Ejército. Al día siguiente, fue detenido por una patrulla militar en la Villa San Luis, donde vivía junto a sus padres. Fue subido a un *jeep* sin destino informado. Su cadáver apareció en la intersección de Avenida Kennedy con Tabancura perforado con múltiples impactos de bala. Según el Instituto Médico Legal, la causa de su muerte fue una “herida de bala torácica con salida de proyectil y estallido de arma de fuego craneo encefálica”.

La misma suerte tuvo Agustín Reyes González, más conocido por su “chapa” de Aníbal o “El Gato”. El joven de 23 años, artesano y estudiante de filosofía, era militante del MIR y estaba a cargo del G-3 en la zona oriente de Santiago. Era conocido en la Villa, ya que el MIR había impulsado la creación de un centro comunitario y de una Junta de Abastecimiento y Precios (JAP). Lo detuvieron en mayo del ‘74 e inició un agónico peregrinar por distintos centros de detención: Londres 38, Regimiento Tacna, Estadio Chile y Tres Álamos. Su camino se cruzó con uno de los más sádicos torturadores de la época, Osvaldo “el Guatón” Romo y nunca más se supo de él.

Inés no recuerda ninguno de estos casos, pero su biografía también se cruzó con la muerte. Su tío Juan Carrasco, un hombre sordo, salió a trabajar temprano como todos los días y al llegar al cruce de Avenida Kennedy, una voz áspera se dirigió a él. “Párate ahí”. Juan siguió caminando. “Párate ahí, *conchetumadre*”. Juan no interrumpió sus pasos. El cruel retumbar de un disparo remeció a la comunidad. Varios vieron, pero no fueron a socorrerlo. Eran los tiempos que se vivían.

La segunda parte de la Villa San Luis quedó sin construir. Iban a ser 500 departamentos que ya estaban asignados a familias del campamento Ho Chi Min. Después del Golpe, los dividendos fueron congelados y los encargados no recibían los pagos de la gente. “Se ve que los milicos tenían resuelto eso de antemano, porque cesaron de cobrarle los dividendos en la caja, preparando el terreno para que más adelante se pudiera ocupar la excusa de que aquello era una toma. La caja que teníamos instalada ahí desapareció. Algunos iban a la Corhabit a averiguar, pero no había respuestas”, detalla Miguel Lawner.

Capítulo 3: Tres horas para irse

El ruido de los motores despertó a los vecinos *de la* San Luis. Ojos somnolientos se asomaron por la ventana para ver qué estaba pasando. Había camiones, patrullas, buses y furgonetas invadiendo el patio principal de la Villa. Las luces de las sirenas se reflejaban en los muros de los edificios. Es la madrugada del 28 de septiembre, en los espacios comunes de la Villa y en las casas aún lucían los adornos de navidad. Militares y carabineros descendieron como hormigas verduzcas y se internaron en los bloques. Otros se preocuparon de acordonar el lugar. Por altoparlante se dio un ultimátum: “¡Tienen tres horas para irse!”.

A Jimena, María, Inés, Marmaduke y Juana les cuesta describir el desalojo. Sus reminiscencias son fotogramas a toda velocidad en los que nada parece tener sentido. Cuadros pintados con una brocha caótica. Aparecen formas, colores, olores, contradicciones, piezas de un rompecabezas que intentan rearmar ante el requerimiento de los entrevistadores. ¿Qué día fue?, ¿a qué hora?, ¿por dónde anduvieron?, ¿esto ocurrió o no?

Jimena estaba tendida en su cama. Pocos días atrás había sido atropellada camino a su colegio. “Yo tuve tres choques en uno, porque a mí estrellaron en Apoquindo. Después cuando me llevaron hubo dos impactos más. Me contaron que la ambulancia por ir *rajá* se estrelló contra un poste. Veníamos todos heridos. Yo quería ser enfermera, pero me rompieron mis sueños”, sostiene.

De pronto, alguien golpeó reiteradamente la puerta de su casa. Su tío había visto lo que estaba ocurriendo y fue corriendo a avisarles a sus papás. No hubo mucho tiempo para lamentos, había que moverse rápido. Su papá y su hermano metían todo lo que podían en cajas. En los otros departamentos la historia era la misma: los militares golpeaban la puerta, las mamás corrían a despertar a sus hijos y bajaban las escaleras con lo puesto.

La Villa era un conjunto de movimientos apurados y atolondrados, llantos y gritos. A una amiga de Jimena la llevaban a punta de patadas. Un hombre orinaba sangre. El dirigente Juan Carlos Larrañaga se negaba a irse si no lo dejaban subir el *monolito* al ministro Carlos Cortés. Algunos uniformados los trataban a *chuchada* limpia, otros les pedían perdón arguyendo que ellos eran “mandados no más”.

“Los militares no dan explicaciones. Ellos ordenan. Aquí se van y se acaba la fiesta. Fue muy crudo para nosotros, porque no habíamos cometido ningún delito”, comenta Marmaduque Barrera.

Hasta hoy persisten los rumores sobre esa noche entre los propios vecinos: hablan de una mujer que habría perdido su embarazo, de vecinos que volaron por los balcones y de la presencia de Cristián Labbé, agente de la DINA, ex alcalde de Providencia y hoy investigado por crímenes de lesa humanidad.

“Cuando me sacaron yo les pregunté qué pasaba si me negaba a dejar el departamento. No creo que vayan a hacer una masacre con todos nosotros, le dije a un oficial del Ejército, y él le pasó bala a su arma como respuesta. Echaron a mi madre inválida, que estaba en silla de ruedas, en la parte de atrás de un camión de basura con todas nuestras cosas amarradas. A mí me echaron a culatazos arriba con mi hijo de cuatro años en brazos. Sentíamos una impotencia inmensa de no podernos defender”²³, confesó una de las afectadas a un reportaje de la revista Punto Final.

María Cáceres enrollaba sus pertenencias en sus sábanas con manos temblorosas, pero a los militares se les acabó la paciencia. Tomaron los géneros y los lanzaron por la ventana. Los soldados que estaban abajo los recogieron y los tiraron a un camión de basura. Algunos tenían el logo de la Municipalidad de Las Condes, otros el de la Municipalidad de Santiago.

“Nos juntaban de a dos o tres familias en cada camión. Los camiones ni siquiera los habían lavado, por último podrían haber tenido la delicadeza de decir: ‘por muy pobres que sean, vamos a limpiar esto’. Estaban hediondos a basura y a nosotros nos metían en la parte de atrás, todos amontonados, *como pollos en un corral ajeno*”, relata María. Jimena, sin darse cuenta, arruga la nariz cada vez que habla de los camiones: “Estaban podridos”.

Los vecinos miraban hacia afuera. Todo estaba cubierto con un manto de tristeza. Allí se dejaban cada recuerdo feliz y los espacios que habían habitado por aproximadamente siete años. Sus sueños se evaporaban, el lugar donde habían hecho su vida se les había usurpado. No podían vivir en la propiedad que ellos mismos habían adquirido con dividendos. Con hijas, familias, amigos, y contra su voluntad, los obligaron a vivir en otro lugar, en otra propiedad, en otra vida.

²³ TOTORO, D. (1998). Negocios del Ejército: El caso de la Villa San Luis. Botín de Guerra. Punto Final, vol. 425, p.8.

El rumor del desalojo en la Villa empezó a correr el mismo once de septiembre del '73. Tras los allanamientos y las torturas, parecía terriblemente lógico. Pero hasta el lugar llegó el general Oscar Bonilla para calmar a los vecinos. “El ministro del Interior aseguraba en noviembre de 1973 que no habrá erradicación, y que a los pobladores de Las Condes con problemas de vivienda se les mantendrá dentro de los límites de la comuna. Pero en 1975 el rumor surge otra vez”²⁴.

Bonilla, que había hecho públicas ciertas discrepancias con Pinochet y que había criticado a la DINA, murió el tres de marzo del '75 en un extraño accidente que hasta hoy despierta suspicacias. El helicóptero que lo traía a Santiago cayó al poco tiempo de haber despegado. Tras su fallecimiento, el Ejército se adueñó de la Villa. Sin más prueba que su irrefutable palabra, le aseguraron a los vecinos que el lugar les pertenecía. En 1976 ocurrió el primer gran desalojo: 900 familias fueron echadas de San Luis.

Una de ellas fue la de doña Juana Albornoz. De noche y por debajo de la puerta, le había llegado una notificación de desalojo firmada por Ramón Gutiérrez Henríquez, subdirector de operaciones habitacionales del SERVIU, en la que se leía: “En razón de que el departamento que usted ocupa ilegalmente ha sido transferido a otra institución, el SERVIU está acondicionando un inmueble que haga posible su reubicación en condiciones adecuadas y estables”.

El SERVIU repitió el mismo argumento en el '78 y lo hizo público en un comunicado de prensa replicado por varios medios de comunicación. “En el curso de esta semana, de acuerdo a lo manifestado por el SERVIU, distintos grupos de pobladores se habrían tomado ilegalmente diversos departamentos ubicados en los bloques tres, cuatro, once y doce, de dicha población. Debido a lo anterior el SERVIU Metropolitano solicitó a la Intendencia de Santiago el auxilio de la fuerza pública con el objeto de desalojar de esos edificios a las personas que los habían ocupado ilegalmente”²⁵.

Jorge Del Fierro, director del SERVIU Metropolitano, negó que los demandantes hayan tenido la calidad de asignatarios. El intendente de la Región Metropolitana, Rolando Garay, aseguró que

²⁴ DESALOJO, lo que no se responde (1979). Revista Ercilla, Santiago de Chile, 16 de enero, p.17.

²⁵ FAMILIAS erradicadas de sector habitacional (1978). El Mercurio, Santiago, Chile. 30 de diciembre.

las tomas se produjeron la noche del 24 de diciembre del '78 y que no se desalojaron a 112 familias, solo a las 72 que habían usurpado los inmuebles²⁶.

Jimena y María no recibieron ninguna carta. Tampoco don Marmaduque. Al preguntarle por la ilegalidad de los departamentos, el hombre de 84 años me mira fijamente por unos segundos. Se agacha y busca algo en una carpeta azul. Al cabo de unos segundos, saca un papel y lo extiende sobre la mesa. Es la libreta de ahorro para la vivienda de la CORVI. Allí aparecen todas las cuotas al día timbradas con el sello de la corporación. Él, aún en silencio, mantiene la mirada desafiante desde el otro lado de la mesa. Sus vecinas también exhiben pilas de papeles teñidos de amarillo por el paso de los años, guardados celosamente en alguna bolsa, atravesados por elásticos de distintos colores para que nada se pierda. Ese es el respaldo de su verdad.

| Nº | MOMENTO | FECHA | SALDO | CUOTAS | | | CONTROL |
|----|----------|--------------|-----------|--------|----------|-----------|---------|
| | | | | Estado | Repagado | Acumulado | |
| 1 | 243,30 | 13-1-72 | 243,30 | | | | |
| 2 | 392,10 | 25-1-72 | 1145,40 | ✓ | 15 | 15 | 16,32 |
| 3 | 1135,40 | 30 Nov. 1972 | 1135,40 | ✓ | 30 | 30 | Ret. |
| 4 | 427,70 | 9-11-73 | 427,70 | ✓ | 460 | 460 | 33 |
| 5 | 427,70 | 1-1-74 | 427,70 | ✓ | 460 | 460 | |
| 6 | 19400 | 1-1-75 | 132.180 | ✓ | 100 | 100 | 870 |
| 7 | 69440 | 11-1-75 | 201.620 | ✓ | 62 | 62 | 1120 |
| 8 | | 30 JUN 1976 | 201.620 | | | 622 | |
| 9 | 201,62 | | 201,62 | | 622 | 622 | |
| 10 | 1310,00 | 10-6-77 | 1.511,62 | ✓ | 100 | 722 | 13,10 |
| 11 | 895,00 | 8-7-77 | 2.206,62 | ✓ | 20 | 742 | 13,90 |
| 12 | 1422,00 | 5-1-78 | 3.628,62 | ✓ | 100 | 742 | 14,62 |
| 13 | 426,44 | 24-1-78 | 4.100,06 | ✓ | 28 | 900 | 15,23 |
| 14 | 4.100,06 | 2-2-78 | 4.200,106 | ✓ | 900 | 900 | |
| 15 | 493,56 | 10-2-78 | 4.593,62 | ✓ | 27 | 927 | 18,28 |
| 16 | 4.593,62 | | | | | | 4629,83 |
| 17 | | | | | | | |
| 18 | | | | | | | |
| 19 | | | | | | | |
| 20 | | | | | | | |
| 21 | | | | | | | |
| 22 | | | | | | | |
| 23 | | | | | | | |
| 24 | | | | | | | |

Figura 6. Elaboración propia. (2017). Comprobante de pago de cuotas CORVI de don Marmaduque Barrera.

“Nosotros fuimos asignados. Pagábamos los dividendos, el agua y la luz. ¿Cómo iba a ser una toma? Si uno ahí no paga nada, ni siquiera la casa. Llega el Estado a adueñarse... a robar, porque eso fue lo que nos hicieron a nosotros. Yo tengo bien claro que esos terrenos fueron destinados para viviendas populares de los que vivían en la ribera del río Mapocho”, explica la señora María.

“El problema es que la Municipalidad de Las Condes nunca hizo recepción de las obras”, aporta Marmaduque. Miguel Lawner confirma la versión del vecino: no existían, títulos de dominio,

²⁶ IBÍD.

porque cuando los entregaron no estaban listas todas las obras urbanísticas, como los jardines. Para él, la justificación del Ejército es burda.

“El desalojo de San Luis es otra de las innumerables violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura, afectando en este caso, a un grupo de 5.000 personas, cuyo único delito fue obtener su vivienda en un terreno supuestamente reservado solo para familias de altos ingresos, o para sede de empresas multinacionales”²⁷, expone el arquitecto.

El SERVIU aseguró que los desalojados fueron devueltos a sus lugares de origen a fines del ‘78. Poco tiempo después, en enero de 1979, el intendente de la Región Metropolitana, Rolando Garay declaraba lo siguiente: “Al asumir el actual Gobierno, los diversos bloques de la población San Luis se encontraban ocupados ilegalmente; y por eso que en forma programada y paulatina, y sin discriminaciones se reubicó a los ocupantes ilegales en diversas poblaciones del Gran Santiago, solucionando el problema habitacional de todas esas familias, entregando casas de material sólido, reparadas y en óptimas condiciones”²⁸.

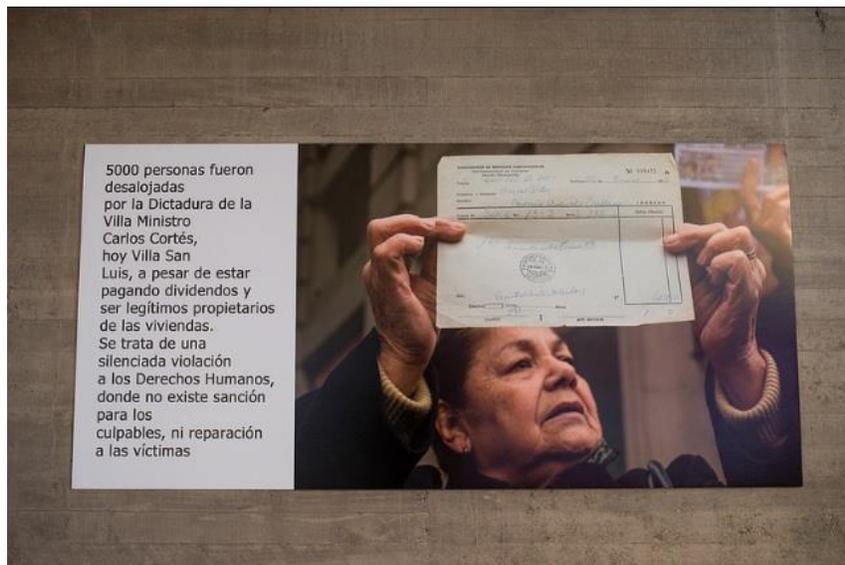


Figura 7. Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. (2017). Eugenia mostrando uno de los dividendos de su casa. Recuperado de: <https://www.flickr.com/photos/museodelamemoria/24586680848/in/album-72157690666718566/>

²⁷ LAWNER, M. (2007). Op. cit, p.8.

²⁸ DECLARACIÓN de la intendencia sobre reciente desalojo (1979). El Mercurio, Santiago de Chile. 6 de enero

“¿Tiene dónde ir?”, preguntaban los uniformados a los habitantes de la Villa antes de que subieran a los camiones. La mayoría contestaba que no. Al lado de sus nombres, en una hoja de papel, los militares escribían “sin destino”.

“El desalojo fue violento y los que más sufrieron fueron los niños, ya que tuvieron que ser despertados a medianoche y llevados durante toda la madrugada de un lugar a otro. Anduvimos en un bus hasta las cuatro y media de la madrugada y, al final, nos vinieron a dejar a esta cancha de fútbol”²⁹, afirmó Hernán Bastidas Alarcón, uno de los tantos expulsados de la Villa.

“Nos tiraron, nos separaron y mandaron a toda la gente por todo Santiago. Todos dispersados”, dice doña Juana. Un grupo terminó en un potrero de Pudahuel, a la intemperie, tapándose con frazadas y sin siquiera agua para las mamaderas de las guaguas. Veinte familias en una cancha de fútbol del paradero 37 de Santa Rosa, ocho en el camino a San José de Maipo, cuatro en un basural de Lo Curro, unos ochenta en Renca y más de cien en la Villa Alessandri.³⁰

“Esta medida carece de todo fundamento legal o moral y fue realizada en forma deshumanizada y brutal. Para poner término a la ocupación era necesario el acuerdo de los afectados, o bien una sentencia judicial que dispusiera su desalojo. No obstante se efectuó, prescindiendo de toda forma jurídica, violando el derecho y poniendo la fuerza pública al servicio de la arbitrariedad. Exigimos del gobierno una solución digna para ellos y una ejemplar sanción a las autoridades responsables del atropello”³¹, se expresaba en una carta firmada por el ex ministro de Vivienda de Frei Montalva y presidente del Colegio de Arquitectos, Ángel Fernández.

Algunas familias fueron separadas. La hermana de Inés, por ejemplo, se tuvo que quedar con su cuñada en Las Condes para poder terminar el colegio. Muchos no tuvieron tiempo para avisar a nadie. Varios nunca se volvieron a ver. Los que intentaban ubicarlos se sumergían en la desesperación. La búsqueda fue definida por la revista Hoy como una misión casi imposible³², ya que muchos habían sido trasladados por segunda vez y su única pista era que estaban en Santiago.

Manuel, un temporero, abrió la puerta de su casa y se encontró con que sus muebles no estaban y había otra familia en el lugar. No entendía nada. Al cabo de un rato, le explicaron lo que había

²⁹ OPERATIVO Deshumanizado (1979). Revista Hoy, vol. 84, p.8.

³⁰ LAWNER (2007). Op.cit.

³¹ OPERATIVO Deshumanizado (1979). Op. cit, p.17.

³² FOXLEY, A. (1979). Sin techo ni destino. Revista Hoy, vol. 85, p.12.

pasado. Recorrió por medio año Lo Espejo, la población Juan Antonio Ríos y Conchalí, hasta que encontró a su familia en la población Illanes, de Renca. Reconoció la casa por las cortinas³³.

Marmaduke, en el camión, intentaba trazar en su mente el recorrido que estaban haciendo. No tenía idea de dónde iba a ir a parar. “Nos sacaron a escondidas, porque no bajaron por Las Condes o por Providencia, nos trajeron por detrás del Mapocho, Santa María y todo eso para llegar acá”, cuenta.

La señora María también recuerda muchas vueltas y que si algo se caía del camión a la calle no se recogía. “Nosotros les decíamos que pararan porque unas cortinas quedaron en la mitad del camino. Pero para ellos era basura”. Inés, por la angustia, no podía parar de llorar.

“Nos trataron como animales, peor que a un mendigo. Así lo siento. No lo podría definir de otra forma. Fue una humillación muy grande que nos hicieron”, expresa Jimena sentada en una jaba de bebidas en las afueras de su quiosco, imitando con su cuerpo los movimientos que hacían los soldados cada vez que llegaban a la Villa.

El camión se detuvo y todos bajaron. Unos dicen que de noche, otros a las cinco de la tarde. Habían varios bloques añosos en hilera, unos de color ladrillo y otros celestes. Esas iban a ser sus nuevos departamentos. Estaban en la Villa Alessandri, de Pedro Aguirre Cerda. Poco después se enterarían de que esos edificios tenían más 30 años de antigüedad. Hoy las hijas de María Cáceres, al hablar del tema con su mamá, siempre le repiten la misma frase: “la niñez de nosotros fue muy linda, pero se nos vino todo el mundo abajo cuando nos quitaron el departamento, cuando llegamos a vivir acá”.

³³ ALLENDE, F. & OLAVE, S. (2013). 50 años de políticas habitacionales a raíz del caso de la Villa San Luis (tesis de pregrado). Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Capítulo 4: Un inhóspito hogar

Con pasos lentos y temerosos, las familias fueron abandonando los camiones con sus cosas a cuestas. Los niños sollozaban desconsoladamente y los adultos se miraban entre sí intentando encontrar alguna respuesta a lo que había sucedido.

Julio Salinas, el padre de Jimena, la tomó entre sus brazos con mucho cuidado. Luego de ese amargo viaje, ella estaba decaída y somnolienta. Pero una imagen brutal la hizo despertar abruptamente. Uno de los militares que los escoltaban tenía apuntado a su papá en la sien con una metralleta.

El rostro de Julio dibujaba una expresión afligida. Jimena no podía creer lo que estaba viendo. Se sentía aterrada y tiritaba descontroladamente abrazada a la fría piel de su papá. “En ese momento, yo no me podía mover. Hasta el día de hoy tengo el trauma. A él no le importó que yo fuera una adolescente. Nos robaron nuestra dignidad como personas”, señala la mujer.

Para los ex pobladores de la Villa San Luis, la pesadilla recién estaba comenzando. Entre las gruesas murallas de los edificios de la Villa Alessandri, se escondía un panorama desolador. Los departamentos estaban plagados de chinches, arañas y ratones que se movían por cada uno de los rincones *como pedro por su casa*. El baño y la cocina estaban mugrientos, no tenían agua potable, luz y tampoco artefactos sanitarios. Las paredes olían a humo y el piso oscuro de *flexit* estaba completamente quebrado. La suciedad abundaba por todos lados.

Las orillas de los *blocks* estaban cubiertos de barro. “Yo no sé si enceraban, si barrían o si limpiaban. Si pasaba la espátula, le salía así como un panqueque. Era asqueroso”, explica María Eugenia Cáceres. Muchos de los departamentos no tenían puertas, ventanas y las cañerías estaban rotas. Les había mentido cuando les dijeron que iban a ir a vivienda de características similares. Todo se les vino abajo.

Al par de días en este nuevo hogar, los pobladores querían irse por todas las incomodidades con las que tenían que convivir. Pero no tenían otro lugar a dónde ir. María Eugenia recuerda que en una oportunidad abrió la llave para lavar unos vasos. Sin que ella lo esperara, un chorro de agua pútrida corrió por todo el departamento. El desagüe estaba tapado y ella no hallaba qué hacer. Ese sería uno de otros tantos problemas que tendrían que aguantar.

Una tarde, la hija de María Eugenia la esperaba impaciente que llegara del trabajo. Desesperada, se movía de un lado a otro contando los minutos del reloj. “Mi hermano está enfermo, tiene peste”, le dijo a su madre apenas apareció por la puerta principal. El menor *de los* Aguilera Cáceres tenía ronchas muy profundas e intensas por todo el cuerpo. Su madre lo observaba desconfiada.

“No puede ser peste, si ya tuvo antes”, pensó la mujer. Nunca había visto un sarpullido así. No lo pensó dos veces y lo llevó al hospital Dr. Exequiel González Cortés. Al examinarlo, el doctor le señaló: “¡¡señora, esto no es una peste!! Son picaduras de chinches, esos bichos salen en la noche. Cuando acueste a su hijo, prenda la luz. Vea usted misma lo que pasa”.

Esa noche, la señora María siguió las indicaciones del médico. Cuando su hijo se recostó sobre las sábanas limpias, un suave y tímido cosquilleo empezó a recorrer sus brazos y piernas. Su madre encendió la lámpara y, apenas la luz inundó la pieza, se reveló el secreto. El chico estaba rodeado de unos insectos negros, que caminaban sobre él como una plaga que lo abrazaba. Eran tantos que llegaban a formar una mancha oscura y densa. Pero no sólo estaban en la superficie del colchón, por dentro había nidos.

“Tuvimos que quemar los colchones. Cambiamos todos por unos de espuma y compramos otras marquesas. Habían chinches entremedio de las sábanas. La gente llegaba a quemar los sillones, las camas y los colchones. El fuego que hicieron los pobladores en la multicancha, casi pasaba los techos de los departamentos”, cuenta María Eugenia.

La vida que tenían en la Villa San Luis era tiempo pasado, casi como una película ambientada en el mejor de sus recuerdos. La familia de Inés también sufrió las consecuencias de este repentino y violento cambio de casa. Todos los días, su papá se levantaba a las 4AM para ir a trabajar en el barrio alto. Desde la periferia, las distancias se sienten aún más interminables y el viaje duraba horas.

Pero una noticia los remecería por completo. Alguien tocó la puerta sin parar. Un desconocido los buscaba. “Su papá tuvo un accidente, se cayó de la micro”, recuerda la mujer. Las palabras hicieron eco en su interior. Afortunadamente, su padre se pudo reponer del golpe. Otro vecino, más adelante, murió al caerse de la micro.

Estas heridas punzaban profundamente en cada uno de los vecinos. Los padres de Jimena oían todos los días las súplicas de su hija con los ojos anegados en lágrimas.

– Por favor, ¡vámonos de aquí!, ¡vámonos de aquí! Si nosotros somos de los departamentos de allá arriba– les decía a sus papás desesperada. Ambos se miraban sin saber qué hacer.

– Hija, lo siento. Nos tuvimos que venir *pa' acá poh'*, a la fuerza. Nos humillaron– le decía Sonia, rompiendo ese incómodo silencio.

Como Jimena era la única mujer de sus hermanos, el matrimonio le dejó la pieza más grande de su casa nueva. Ella seguía convaleciente, así que era usual que se recostara con la vista clavada en el techo descascarado. Las noches eran eternas y, desde su micromundo, interrogaba a Dios:

“¿Porqué por qué nos quitaron esa casa tan linda? Diosito, ¿por qué nos hicieron esto?, ¿por qué nos vinieron a botar acá? A mí no me gusta. ¿Por qué no haces un milagro para poder volver?”, pensaba desconsolada. El dolor era insoportable.

Ella desbordaba rabia, era un volcán de pura ira. Los militares no sólo le habían robado la comodidad de su hogar. También le quitaron sus amigos, sus anhelos y su bienestar. Ella despreciaba profundamente ese edificio, en el que pasaban cosas raras. A veces, se escuchaban ruidos extraños. Se veían pasar sombras y los muebles se movían inexplicablemente en la madrugada. Una vecina les contó que en ese lugar, los uniformados habían matado a una persona. Su alma andaba merodeando por esos lúgubres pasillos. La injusticia no lo dejaba descansar en paz. Hasta hoy, Jimena dice escuchar ruidos extraños en la noche pero ya está acostumbrada.

La niña estuvo un año sin salir de su casa. Pero afuera de los límites de su hogar y de su dolor, las violaciones continuaban contra sus vecinos. Sus vidas quedaron marcadas para siempre.



Figura 8. Archivo del Comité de Defensa de la Villa San Luis [s.a.]. Un grupo de niños posa en los patios de la San Luis. Recuperado de: <https://www.facebook.com/Lote18villasanluis/photos/a.1253464971345836.1073741827.1253429341349399/1253525578006442/?type=3&theater>

La llegada de estos nuevos habitantes a la Villa Alessandri no fue del agrado de los residentes del sector. Esta era una zona militar que había sido construida para el personal del Ejército. Por eso, es que a los ex pobladores *de la San Luis* los trataban como si fuesen escoria y delincuentes.

“Por algo los echaron de Las Condes”, les decían a los nuevos vecinos cuando se los cruzaban por la calle. Un militar en retiro, tenía un particular ritual con uno de los recién llegados: iba todas las tardes a apuntarlo con la pistola, esa esa su bienvenida. Al poco tiempo, hubo un asesinato en una discoteque del sector. Nadie dudó a la hora de culpar a los recién llegados. Ni la verdad judicial los salvó de la recriminación. “Nos costó muchos años, aún hoy, para que nos aceptaran a nosotros aquí. La hemos pasado mal, muy mal”, afirma Marmaduque Barrera.

No sólo los adultos sufrieron, los niños también tuvieron que ser muy valientes ante la adversidad. Algunos pobladores se hacían pasar por militares e intimidaban a los más jóvenes. Ellos no podían andar tranquilos por la calle o pasando el rato en las esquinas. Cuando aparecían estos supuestos uniformados les pegaban, les tiraban piedras y los obligaban a hacer flexiones de brazos.

Un día, los chicos descubrieron la verdadera identidad de estos intrusos. Realmente eran vecinos de la población La Victoria. Los niños les devolvieron la mano, los apedrearon y los ahuyentaron. Nunca más volvieron a molestarlos. Pero esa tensión se respiraba cada vez más en el barrio. Había momentos en que los vecinos no podían salir de noche y ni siquiera asomarse por los pasillos de los departamentos, porque la amenaza era inminente. Todo se estaba saliendo de control.

La señora Juana Albornoz pasó el susto de su vida. Una tarde venía entrando a su departamento con su pequeña hija en brazos. El ruido de un impacto sobre su cabeza la alertó de que algo malo estaba ocurriendo. Asustada, levantó la vista. Sobre el marco de la puerta principal había caído una bomba molotov. “Si llega más abajo, le salta en la cabeza a la niña. La sufrimos bastante en toda esa época que estuvo el caballero (Pinochet), porque uno tenía desconfianza de todo el mundo”, explica la mujer.

A pesar de haber perdido los *blocks* por los que tanto habían peleado y luchado, los pobladores se fueron acostumbrando a este inhóspito hogar y con el paso del tiempo, aceptaron la dura realidad

que les tocó vivir. Tuvieron que empezar a pagar de cero los nuevos departamentos. “Nos decían que si no recibíamos acá, no íbamos a tener casa en ningún otro lado”, aporta Marmaduque.

Con mucho sacrificio, la señora Rosalía Contreras cambió las ventanas de madera de su casa que ya se caían. Sacó uno de sus muros y amplió la cocina, para tener más espacio y comodidad. Inés González y María Eugenia Cáceres también mejoraron su hogar.

“A nosotros no nos ha respondido el fisco, el SERVIU, menos el municipio. Si los *arreglines* los hemos hecho nosotros. Esto ha sido con el esfuerzo de nuestro trabajo. Nadie nos ha ayudado”, explican.



Figura 9. Elaboración propia. (2017). María Eugenia exponiendo su historia en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

De las cosas viejas que recibieron, Inés se ha deshecho de casi todo. Salvo la tina, que le ha dado más de un dolor de cabeza y un ataque de llanto por culpa de las cañerías.

“De repente, el vecino *Toñito* me decía: ‘*Pepita*, ya está todo mojado. Está cayendo agua’. El caballero de arriba me mojaba a mí. Yo estaba estresada por esto y trataba de hacer lo mejor, pero parece que era peor”, cuenta angustiada.

Había que arreglárselas de alguna manera. Como Jimena no terminó el colegio, se dedicó a ayudarles a sus papás en su negocio: el quiosco del barrio.

“Mi tío que era paco les pasó plata para que lo pusieran. Pero nosotros nunca hemos surgido, más allá de lo que tenemos”, afirma la mujer.

A pesar de que la mayoría de las vecinas pudo comenzar otra vez de cero en lo material, lo humano no tuvo la misma suerte. Muchas de las relaciones que nacieron y crecieron en la Villa San Luis se quebraron irremediabilmente en Pedro Aguirre Cerda. Entre los silencios de esos edificios vive Marmaduke Barrera, quien en otro tiempo fue un conocido dirigente y un líder entre los pobladores. De carácter duro y huraño, él es un hombre abatido por los duros golpes que ha tenido que enfrentar en sus 85 años.

Se sienta con dificultad en el solitario living de casa. Los diálogos de una teleserie turca suenan a todo volumen para que no se sienta tan solo en las tardes. Lo observo unos segundos, mientras busca agitadamente unos papeles en unas cajas llenas de carpetas. Sus manos se mueven rápidamente, entre sus dedos se está deslizando buena parte de lo que ha sido vida, van circulando sus recuerdos, a los que tanto se aferra.

“Del puro sufrimiento y de las rabias que yo pasé aquí me dio esta parálisis facial que tengo. Este departamento se inundó por más de 30 años. Le caía filtración de arriba. Mi señora se aburríó, se fue para la casa de mi suegro y eso nos fue separando. Mi hijo se quedó a vivir aquí, también se fue. Y yo quedé solo. ¡Cómo iba a perder esto, cómo lo iba a dejar botado si es lo único que tenía!”, confiesa con tristeza mientras hurguea en la caja buscando el certificado de asignación de su vivienda. Esos trozos de papel que tanto ahínco conserva, son el testigo de un pasado que fue, pero que sigue latiendo dolorosamente en su memoria hasta hoy.



POBLACIÓN MINISTRO CARLOS CORTÉS Primera Etapa Villa San Luis
Departamentos terminados y entregados

| Sector | Empresa | Deptos. | Zona | Descripción |
|--------|-----------------------------|---------|------|--|
| 1 | Empresa Arquín Constructora | 121 | A | Futuro Centro Cívico y Comercial |
| 2 | Desco 2 | 117 | B | Estadio Club de U. De Chile. Proyecto listo. |
| 3 | Ejecución Directa CORMU | 120 | C | Futura Escuela Deportiva U. De Chile. |

Figura 10. Archivo del Comité de Defensa de la Villa San Luis [s.a.]. Plano de la población ministro Carlos Cortés. Recuperado de:

<https://www.facebook.com/Lote18villasanluis/photos/a.1262427513782915.1073741829.1253429341349399/1871268159565511/?type=3&theater>

Capítulo 5: El retorno de Miguel Lawner

Un grupo de ex vecinas de la Villa alborotan las escalinatas de la Biblioteca Nacional, gritando a todo pulmón: “¡La San Luis no!”. Con lienzos, pitos y megáfonos alteran el pulso indiferente de la ciudad. Alejado del fervoroso tumulto, amparado en la inmensa sombra que proyecta el monumental edificio, está Miguel Lawner, el arquitecto que impulsó este proyecto urbano que pretendía palear la segregación social en el gran Santiago. Observa con atención, aunque no dice nada. No le gusta ser el centro de atención. Han pasado más de cuatro décadas desde que encabezó la construcción de la Villa. Hoy tiene 89 años, ha visto al mundo ir en muchas direcciones, su pelo *ruliento* se ha teñido de blanco, una serie de armónicas arrugas surcan su cara en distintas direcciones, en sus manos asoman manchas cafés y los pasos no responden como antes a su espíritu inquieto. Sus ojos verdes, sin embargo, siguen tan vivos como siempre. Si bien parece cubierto por un halo de sosiego, bajo esa aparente calma se esconde un terrible gallo de pelea.

Miguel tiene un carácter campechano, habla a ritmo acompasado, construyendo frases graníticas, casi nunca dejando en evidencia las cicatrices de su pasado. El 11 de septiembre su vida cambió de un plumazo. Cada secuencia pasó a estar definida por una escala de grises. A él, director ejecutivo de la CORMU, lo detuvieron y lo llevaron, junto a todo el alto mando de la Unidad Popular, a la Escuela Militar, a escasos metros *de la San Luis*. No pasó mucho tiempo allí, en el sur lo esperaba un infierno terrenal: la Isla Dawson.



Figura 11. Elaboración propia. (2017). El arquitecto Miguel Lawner en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Con el termostato varios grados bajo cero y con filosas ráfagas de viento de 120 kilómetros por hora, él y los otros detenidos eran sacados todas las mañanas de sus endeble barracas para cumplir con distintas faenas. La ropa no abrigaba y apenas recibían comida. Los dividían en grupos y al suyo le tocaba plantar troncos de ciprés de siete metros para usarlos como postes de luz en las orillas del Estrecho de Magallanes. Las largas jornadas tenían como banda sonora una retahíla de gritos, insultos y amenazas. Era lo que se merecía “un izquierdista vende patria”.

En su tortuoso recorrido por los frondosos y enigmáticos bosques del sur descubrió la Iglesia de Puerto Harris, una recia joya arquitectónica hecha de madera a la que el agresivo clima tenía en un estado ruinoso. Él propuso restaurarla en vez de estar haciendo “trabajos idiotas”. Hasta sus propios compañeros pensaron que era un disparate y le echaron *tallas*. El arquitecto hizo oídos sordos y siguió insistiendo hasta que le aprobaron su proyecto.

Se las ingeniaban con lo que hubiese a mano. Junto a sus compañeros raspaban el piso con los trozos de vidrio que quedaban en las ventanas. Sergio Bitar, Jaime Tohá y Alfredo Joignant eran de los más entusiastas. Para que pudiera seguir con el trabajo, el comandante a cargo lo autorizó a entrar lápices y papel. En las primeras hojas de su croquis estaban los planos de la iglesia, pero luego aparecieron paisajes, coigües quemados, árboles, pastizales, plantas, horizontes marinos y Orlando Letelier encaramado en un andamio pintando la iglesia más austral del mundo.

“Yo empecé dibujar por casualidad en Isla Dawson. Primero fue por el trabajo de los planos de la iglesia y claro, practicaba el dibujo técnico. Nunca había hecho figura humana. A raíz de tener lápiz y papel un día hice el primero de los dibujos, Daniel Vergara. Los compañeros lo vieron y dijeron, dibújame a mí, acá, dibuja esto y lo otro. Así empecé a dibujar un poco. Cuando en diciembre nos trasladaron al campo de concentración que habían construido, lo miré y dije, algún día se tiene que saber que en este país se construyó un campo con las normas que los nazis impusieron en sus campos de concentración”³⁴, comenta el arquitecto.

El 15 de diciembre de 1973 fue trasladado al campo de concentración de Río Chico, a 15 kilómetros de Puerto Harris, enclavado en una hondonada de cerros a orillas de la costa. Miguel llegó con lápiz y papel, lo único a lo que se podía aferrar para no cruzar el tenue intersticio que

³⁴ RODRÍGUEZ, A. (2013). Miguel Lawner, el arquitecto de la UP. The Clinic. Visto el 05/03/2018 en: <http://www.theclinic.cl/2013/09/10/miguel-lawner-el-arquitecto-de-la-up/>

separa la sensatez de la locura. Sentía que su sórdida realidad le exigía documentarla. Observaba todo y guardaba las imágenes en su cabeza. Medía las dimensiones del lugar contando los pasos entre un galpón y otro. Por las noches dibujaba las instalaciones en pequeños trozos de papel que luego destruía y arrojaba a las letrinas por la mañana. Luego replicaba los bocetos de memoria. “A fin de evitar ser sorprendido con el plano de un recinto militar, lo cual me habría costado la vida con toda probabilidad”³⁵, confiesa.

Su derrotero continuó en la zona centro del país. Estuvo en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea, Tres Álamos y Ritoque. Viajó con sus “monos”, como él les decía, y siguió retratando la intimidad de las cárceles de la dictadura. Pero un día descubrieron los bocetos y tuvo que pagar un alto precio por ellos. La DINA mantuvo a su esposa, Ana María Barrenechea, cautiva por seis días. Con los ojos vendados en todo momento, y rodeada de otros doce prisioneros políticos, le exigieron que explicara los mensajes subversivos escondidos en los *croquis* de su esposo. Miguel se enteró de la situación y, sumido en la desesperación, tuvo que recurrir al general Oscar Bonilla, ministro del Interior por aquel entonces y con el que había trabajado durante el gobierno de Salvador Allende. A Ana María la dejaron abandonada en una calle. Nunca se supo en qué centro de detención estuvo. En los días siguientes a ella le llegaron en un sobre algunas de las ilustraciones realizadas por su marido³⁶.

La dictadura tenía a Miguel entre ceja y ceja. Lo liberaron en 1975, con una condición: se tenía que ir de Chile. Él, de entrada, se negó rotundamente. Es terco y va al frente aun sabiendo que llevas las de perder. Esa obstinación de diluyó con el correr de los días y el choque con la realidad que le tocaba. Acá nadie le aseguraba la vida. Temiendo un allanamiento a su casa, le confió los dibujos a Sandra Dmitrescu, esposa del embajador de Rumania, quién prometió enviarlos por valija diplomática a Bucarest y partió a Europa.

El hombre de la Unidad Popular arribó a la plácida Copenhague, una ciudad de cuento, como una herida abierta. Todo le iba mal en esos tiempos oscuros. A su lista de problemas se sumó otro

³⁵ IBÍD.

³⁶ SOTO, Hernán [s.a.]. Dibujos de la memoria. Revista Punto Final, vol. 510, visto el 04/03/2018 en: <http://www.puntofinal.cl/510/lawner.htm>.

inconveniente en pleno viaje. Su esposa había tenido que parar en Zúrich para que a Alicia, la hija de ambos, la trataran de apendicitis. Un exilio sin fecha de retorno era una de sus pocas certezas.

A pesar del océano de rabia que azotaba su cerebro, y todavía con el recuerdo de los golpes en su carne, guardaba una convicción: denunciar lo que la dictadura cívico-militar estaba haciendo en Chile. El día en que llegó se conmemoraba la víspera de la noche de San Juan, que es celebrada con devoción en los países nórdicos porque marca el inicio del verano, un ritual que contiene la esperanza de un nuevo comienzo.

Miguel llevaba consigo una lista de nombres e información para la dirección internacional del Partido Comunista. En una reunión con los dirigentes del PC le encomendaron una misión especial: exponer sus dibujos en Europa. Después de una rocambolesca búsqueda para hallarlos, y de recurrir a su memoria para recrear otros, Lawner montó una exposición en la Casa Comunal de Albertslud, en la que, según consignan medios locales, una atmósfera lúgubre y mortuoria cubría todo el lugar. El diario Aktuelt calificó a la muestra como la más impresionante desde la Segunda Guerra Mundial. Los dibujos recorrieron Holanda, Alemania, Rumania e Italia³⁷.

El arquitecto vivía tranquilo en el “Viejo Mundo”. Su vida transcurría en la Academia Real de Bellas Artes de Dinamarca o en la Universidad de Goethe de la República Federal Alemana, en las que daba clases. Su mente, sin embargo, se había quedado anclada en Chile. Nunca pensó en quedarse.

Los primeros días del '79 llegó a sus manos un ejemplar de Ercilla, una de las pocas revistas que se atrevían a correr el velo de la censura impuesta por el régimen. Abrió el número, publicado el 10 de enero de 1979, y se encontró con lo siguiente:

“Insólito, violento y brutal. Son los calificativos que recibió el operativo policial para desalojar a los moradores de 112 departamentos de la Villa San Luis de Las Condes. Las viviendas, propiedad el SERVIU, fueron entregadas en 1970 a personas asignadas por CORVI. Posteriormente, se concretó un acuerdo entre el Ejército y el Servicio de Vivienda y Urbanismo para integrar esos bloques a una población militar. La medianoche del jueves 28 de diciembre los ocupantes de los departamentos fueron sorprendidos por un inusitado operativo policial, se acordonó el sector y se ordenó a las familias que salieran con sus cosas inmediatamente. Unos

³⁷ IBÍD.

500 carabineros fueron los encargados de trasladarlos a sus lugares de origen. 20 familias quedaron en una cancha de fútbol en el paradero 37 de Santa Rosa. Ocho, en medio de un camino a San José de Maipo, cuatro en un basural en las inmediaciones de Lo Curro y unas 80 en Renca. La acción policial desarrollada entre las 11 de la noche y las 4 de la madrugada fue ordenada por la Intendencia de Santiago, a petición expresa del SERVIU. Arrasaron con todo, no respetaron que los niños estuvieran durmiendo, que hubiera mujeres embarazadas. Sacaron no sólo a los ocupantes ilegales, sino a las personas que estaban asignadas a los departamentos. Una dueña de casa que no quiso identificarse, declaró: “yo he vivido siempre acá. Nací y me crié en este lugar. Tengo derecho a quedarme, no pueden llevarme a cualquier parte. El departamento era mío. Yo había pagado las cuotas. Por eso me he negado a abandonarlo. Sin embargo, el teniente amenazó con pegarme y tirarme a un potrero si me resistía”³⁸.

Miguel no lo podía creer. “Me indigné. Sabíamos las brutalidades del régimen, yo mismo las había sufrido. Pero aquí, que lo dijeran... yo pensaba: ‘Pero, ¿por qué? yo nunca había conocido, en la historia un desalojo masivo de más de mil familias’. Pasando por su legitimidad, porque todos tenían sus dividendos”, dice estirando sus manos y abriendo los brazos, inclinando su cuerpo sobre la silla de su escritorio.

Volcó su rabia en una máquina de escribir. Escribía, escribía y escribía sobre la Villa San Luis. Cómo se formó, quiénes fueron los beneficiarios y también trazó los planos del proyecto. Desde el exilio, logró publicar su texto en la revista La Araucaria.

Pasaron cinco años hasta su regreso a Chile, en marzo de 1984. Asumió la presidencia del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz. Pero tenía un asunto pendiente con la Villa San Luis. Recuerda haber ido al conjunto habitacional una tarde de invierno. Lo que vio al llegar superó lo que su imaginación había delineado. Vuelve a exasperarse al recordar esas imágenes.

Los espacios comunes no existían. Las plantas, los juegos infantiles y los estacionamientos habían desaparecido y en su lugar sólo había barro. Las canaletas y bajadas de lluvia se habían desprendido. Si bien el Ejército aseguró que los departamentos serían ocupados por sus funcionarios, Lawner notó que muchos estaban vacíos. “Tú veías muy a menudo vidrios rotos en

³⁸ DESALOJO, lo que no se responde. Op. cit.

las ventanas. Obviamente, alguien que está viviendo ahí no aguanta vidrios rotos. En no pocos lugares, en vez de cortinas había papeles de diario tapando las ventanas”, recuerda.

“¿Qué anda haciendo aquí?”, le ladraron los custodios militares apenas llegó. Hasta ahí llegaría la visita. “Yo andaba con cámara, pero la verdad es que no pude tomar fotos. Imposible, porque era arriesgarse. Me *encaché*, todo lo que pude pero eran condiciones... Yo había llegado hace no mucho, todavía no me establecía muy bien. Había sufrido su poco. Los milicos metieron gente en los departamentos para que otros vivieran ahí, eso era evidente. Estaban en muy malas condiciones, ¡daba rabia!”, expresa, como si las últimas dos palabras que salen de su boca lo transportaran a esa tarde del invierno del '84.

Miguel cuida como un tesoro un inmenso archivo en que está contenida toda la historia de la Villa San Luis. Con su dedo índice recorre el plano de la Villa, explicando con detalle hasta dónde se alcanzó a construir y qué fue lo que se truncó. Cita con precisión enciclopédica nombres, instituciones, fechas y enrevesados legajos legales.

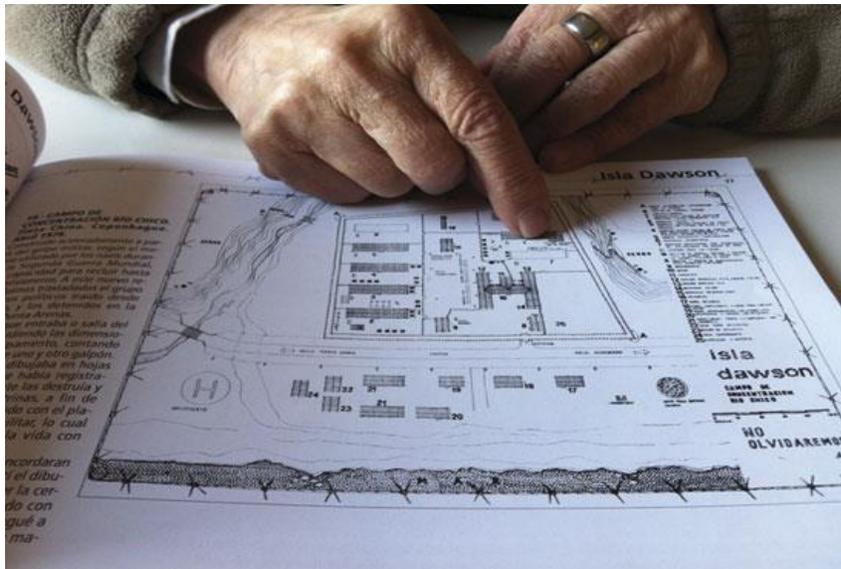


Figura 12. The Clinic. (2013). Miguel Lawner recorre con sus dedos los planos de la Villa. Recuperado de: <http://www.theclinic.cl/2013/09/10/miguel-lawner-el-arquitecto-de-la-up/>

Aclara que no todos los pobladores fueron expulsados por el Ejército. Un grupo pequeño resistió por años sin que les cobraran dividendos, callados y tratando de no llamar la atención. Al principio,

todos los días les iban a golpear la puerta con tono mortuario. Los dedos retumbando contra la tabla de madera les trituraban los nervios, pero aguantaban. Un día, los soldados dejaron de venir y no volvieron más.

La tensa calma y el peligro latente en que vivían esas personas explotaron en 1988. Dos mujeres llegaron hasta la oficina de Miguel Lawner presentándose como dirigentes de la Villa y pidiéndole ayuda. Una era Anita Jiménez y la otra Rosa Castro. Le entregaron al arquitecto un papel con un membrete del SERVIU Metropolitano, en el que se les ordenaba desalojar sus departamentos en quince días, porque según decía el escrito, se habían adueñado de ellos a través de una toma de terrenos. A Miguel le llamó la atención quién firmaba el documento: Eugenio Salvi. “Él era un arquitecto que había trabajado con nosotros en la CORMU. Sabía perfectamente del conjunto. Ahí salía su teléfono y lo llamé de inmediato”, cuenta.

Salvi respondió con asombro. Volvía a saber de un compañero al que no pensaba que volvería a ver. Su voz era puro regocijo. La reunión quedó fijada para el día siguiente. Miguel no dijo de qué quería hablar. Llegó al edificio del SERVIU acompañado de Anita y de Rosa. Salvi lo esperaba con una sonrisa pletórica e instalado en la que había sido su oficina por años.

Se saludaron y Salvi, al ver a las mujeres, inmediatamente preguntó qué querían. Miguel extendió el papel que les hicieron llegar a los vecinos y le explicó que las dos dirigentes que lo acompañaban eran representantes *de la* San Luis. Salvi quedó pasmado, a medio camino entre la complicidad avergonzante y una inocencia fingida. “Es que a uno le hacen firmar cosas sin ver”, exclamó, mientras tocaba repetidamente un timbre de su escritorio, clamando por la presencia del abogado.

“Se asomó por la puerta un pobre gallo y le dice: ‘¿cómo usted me presenta este documento, no me das ninguna explicación. ¡Mándese cambiar!’”. El tipo abrió la boca atónito. Salvi me devolvió el papel y me dijo: ‘no te preocupes, no va a pasar nada’. Y efectivamente, no pasó nada. No los echaron”, relata Miguel.

Esa jugada hizo que a las familias que quedaban las dejaran tranquilas por un tiempo, incluso varias obtuvieron su título de dominio. Sin embargo, los desalojos volverían después de la derrota de Pinochet en el plebiscito.

Capítulo 6: El negociado de las inmobiliarias y el Ejército de Chile

Tras la caída de la Junta Militar en el plebiscito del '88, una alegría espumeante impregnó a Chile de un nuevo perfume. El país se permitía soñar con los colores intensos del arcoíris del logo de la campaña del “No” a Pinochet. Otros, como Miguel Lawner, aguardaban con un optimismo moderado. El arquitecto esperaba, entre otras reparaciones, justicia para los vecinos de la Villa San Luis. Pero el tiempo le daría un *cachetazo* en la cara. La alegría nunca llegó y vino el golpe definitivo.

Cuando Augusto Pinochet vivía las últimas horas de su régimen y movía fichas para asegurar que su figura faraónica no sufriera lastre alguno en la transición a la democracia, alguien se dio cuenta de que, a pesar de su ocupación, la Villa San Luis no le pertenecía oficialmente al Ejército. El General tenía que moverse rápido. El 12 de diciembre del '89, un día después de que Patricio Aylwin fuese escogido como el primer presidente de la post dictadura, firmó un decreto que traspasaba los lotes 13-A, 14-A, 15-A, 16-A, 17-A y 18-A de la Villa desde el SERVIU a Bienes Nacionales, mediante escritura pública inscrita a fojas 89074 N° 63.726 del Registro de Propiedad del Conservador de Bienes Raíces de Santiago.

Dos años después, otro decreto puso los terrenos en manos del Ministerio de Defensa, la Subsecretaría de Guerra y el comando de Bienestar del Ejército, pero con una condición clara:

“Si el servicio beneficiario no utilizare los inmuebles o si los cediere, a cualquier título, se pondrá término de inmediato a la presente destinación, bastando para ello el solo informe de la Secretaria Regional Ministerial de Bienes Nacionales de la Región Metropolitana de Santiago, que acredite cualquiera de las circunstancias antes señaladas”³⁹. En 1993, mediante otro decreto, el Ministerio de Bienes Nacionales excluyó de la destinación concedida en el Decreto 38 al lote 18-A, en que se incluyen los blocks 16 y 17. Este retazo se transfirió gratuitamente al SERVIU Metropolitano y, una vez tramitado, las viviendas de los bloques 16 y 17 debían traspasarse a las 97 familias que las ocupaban, las que resistieron al desalojo del Ejército.

³⁹ DECRETO N°38, exento del trámite de razón por la contraloría, del 21 de junio de 1991.

Pinochet seguía teniendo poder absoluto en esa joven democracia. Hacía lo que se le daba la gana. En 1991, al conocerse que cheques pagados por el Ejército se habían gastado en acciones de una empresa de papel creada por el hijo mayor del Comandante en jefe, el Gobierno le exigió la renuncia. Él respondió mandando a acuartelar a sus tropas. Cuando quisieron reabrir la investigación, en el '93, hizo que comandos de paracaidistas, con tenida de guerra y rostros tiznados, rodearan el edificio de Defensa, el famoso “Boinazo”. Ante eso, traspasar una propiedad que no le correspondía parecía una bicoca. A Miguel le quedaba el consuelo de que los departamentos serían destinados a la gente que resistió el desalojo. Pero en el '96 quedaría consternado. La inmobiliaria Parque San Luis –conformada por las familias Sarquis, Martínez y Cueto– compró los terrenos por una cifra millonaria. Solo el Lote 18 quedó pendiente de venta.

Los Sarquis, los Martínez y los Cueto tenían contactos con la familia Pinochet, miembros del Alto Mando y con el actual Presidente de Chile, Sebastián Piñera. Según un reportaje publicado por La Nación, el hijo menor del dictador, Marco Antonio Pinochet, asistía a las reuniones de directorio de la inmobiliaria. No quedó registro de su presencia en las actas, porque eran sesiones secretas⁴⁰.

El arquitecto no entendía nada. Estaba jodido. Ya era demasiado. Se movió con sigilo en las sombras para conseguir los documentos que las autoridades querían enterrar. Sentado en su escritorio, envuelto en el sonido de los papeles que se deslizaban por sus dedos, poco a poco fue rearmando el *puzzle*. Traspasar el terreno a Bienes Nacionales había sido el primer paso, sin que él se diera cuenta en ese momento.

“Pinochet por *dejación* y por ser demasiado confiado, durante su mandato no blanqueó esta operación en favor del Ejército. Lo pudo haber hecho perfectamente, pero no lo hizo. Y aparentemente, vieron el resultado del plebiscito y se dieron cuenta que pasaba esto. ¿Pero por qué transfirieron el terreno a Bienes Nacionales? Porque el SERVIU carece de la facultad de entregarle viviendas o terrenos a nadie que no sea postulante a la vivienda. En cambio, Bienes Nacionales le puede asignar a quién quiera por causa fundada, naturalmente”, explica Lawner.

⁴⁰ NARVÁEZ, L. (2009). La mano larga de Pinochet en Nueva Las Condes. La Nación, Santiago, Chile. 6 de diciembre.

A solo dos meses de promulgado el decreto 38, los castrenses traspasaron los terrenos al Patrimonio de Afectación Fiscal del Comando de Apoyo Administrativo del Ejército. Esto le permitía venderlos eludiendo cualquier control civil.

“Esta acción abiertamente ilegal, se fundamentó en el uso indebido del DFL N°1 de la Subsecretaría de Guerra de 1971, que contemplaba un artículo transitorio con un plazo fatal de 90 días de vigencia, que expiró el 12 de octubre de 1971. Mal podía recurrirse 20 años más tarde a tal disposición legal”⁴¹, señala el arquitecto.

El 20 de febrero de 1994, a través de una sentencia interna⁴², el Ejército declaró que no resultaba provechoso la utilización de los inmuebles y que era “altamente conveniente” la enajenación de los inmuebles. Se llamó a licitación y la Inmobiliaria Parque San Luis se adjudicó los lotes por US\$ 89 millones.



Figura 13. Elaboración propia. (2017). Fachada de uno de los edificios abandonados de la Villa San Luis.

En mayo del ‘97, El Mercurio⁴³ anunciaba el plan inmobiliario más grande del país con una inversión de más de US\$ 800 millones. El proyecto contemplaba edificios de 45 metros de altura, hoteles cinco estrellas, restaurantes, centros de convenciones, salas de cine, gimnasio, 13.550

⁴¹ LAWNER. Op. cit., p.12.

⁴² RESOLUCIÓN Interna CAAE DAC PAF.R N°475.

⁴³ DEFINEN el Plan Inmobiliario Más Grande del País: US\$ 800 Mills. (1997). El Mercurio, Santiago, Chile. 27 de mayo.

estacionamientos y una universidad de negocios⁴⁴. Una nueva cara a la altura de los jaguares de Sudamérica. “Se levantará un Centro Integral de Negocios al estilo de los modernos subcentros planificados en Estados Unidos y en Europa”, declaró el gerente de la Inmobiliaria, Fernando Prat⁴⁵. “¿Por qué no podemos tener una especie de Central Park neoyorkino acá?”, comentaba uno de los diseñadores del plan⁴⁶.

Miguel, con el paso de años piensa que lo que allí se levantó es una perfecta metáfora del Chile post-dictadura. “El mundo mercantil que nos rodea y nos presiona es incomparable con el mundo de la solidaridad que nosotros tanto nos esforzamos por construir. Es el encuentro de dos anhelos antagónicos. Son 40 años de introducir el veneno mercantil, que francamente ha alienado culturalmente a la mayoría de la población. Hoy, con plata, tú puedes hacer lo que quieras en la ciudad. Y, por lo mismo, pensar una ciudad distinta es una tarea muy difícil”, afirma levantando los párpados y abriendo las palmas de las manos.

Los trabajos comenzaron con Joaquín Lavín a la cabeza. El alcalde de Las Condes, pinochetista declarado, llegó enfundando en un elegante terno y un casco constructor a la Villa San Luis. El hombre de la UDI, amante de la teatralidad, tenía todo preparado para una nueva función. Había llamado a toda la prensa para que vieran cómo él demolía, con sus propias manos, uno de los últimos vestigios de la Unidad Popular, el lunar que tanto escozor causaba en su comuna y daba un paso hacia la modernidad, hacia la tan anhelada “ciudad del futuro”. Se encaramó en una retroexcavadora y lanzó el primer bolón de acero contra los bloques. Sin embargo, el hormigón no cedió. Su impotente arremetida lo dejó en vergüenza.

“Mientras Lavín intentaba derrumbar ese año este proyecto maravilloso, los temporales hacían colapsar las viviendas de *mierda* de Copeva en Puente Alto, que no aguantaban ni la lluvia. Así de extraño es nuestro país”⁴⁷, relata el ex jefe de la CORMU.

Para evitar el bochorno tuvo que dejar a los expertos. Al son del ruido monstruoso de las máquinas y el retumbar sordo de la dinamita caía una lluvia de rocas pulverizadas. Los edificios se desplomaban en cámara lenta, de los escombros salía disparada una nube de polvo blanca que

⁴⁴ LAS CONDES 2000 (1997). Las Últimas Noticias, Santiago, Chile. 16 de julio.

⁴⁵ IBÍD.

⁴⁶ SOBRE la Villa San Luis nacerá un Central Park criollo. (1997). La Tercera, Santiago, Chile, 16 de julio.

⁴⁷ TORO. Op. cit.

cubría a los asistentes. Fue un trabajo extenuante, no se alcanzó a demoler todo lo previsto, pero sí lo suficiente para el circo.

La puesta en escena fue presenciada, en segunda fila, por miembros del Ejército que habían vivido ahí y que ahora tendrían que mudarse a Peñalolén. Ellos nunca recibieron título de propiedad y los funcionarios jubilados quedaron sin casa. Uno de los asistentes declaró: “Este mundo está loco. Destruyen lo que está bien y los edificios nuevos, que son de cartón y plástico, se caen solos. Llevan más de una semana tratando de demolerlo y ahí están, por más que lo golpeen”⁴⁸.

A doña Juana Albornoz le avisaron que los desalojados que ahora vivían en Renca estaban armando una directiva para retomar la lucha por los departamentos. La Inmobiliaria estaba pagando a los habitantes que quedaban en Las Condes para poder terminar de demoler y era la gran oportunidad de tocar algo después del atropello vivido. Con el bolso a cuestas, se iba todos los días desde su trabajo hasta el centro de Santiago. Ya no tenía miedo ni nada que perder.

“Del trabajo, nos íbamos al paseo Ahumada con Huérfanos todos los días a protestar por los departamentos. Poníamos carteles, estuvimos hartos en eso. Yo iba a todas las *parás*”, cuenta Juana Albornoz.

Miguel Lawner no sabía del nuevo derrotero que habían tomado las compañeras. Recorría el centro con la quietud de un sábado por la mañana. Un murmullo detuvo su reposado andar y levantó la cabeza. Sobre sus zapatos bien lustrados observó al grupo y alcanzó a leer: “San Luis” antes de que un grito se dirigiera hacia él: “¡Dooooon Migueeeel!”.

“Las compañeras que estaban ahí me reconocieron de inmediato. Ese grupo se auto organizó en ese momento, para iniciar este proceso y se entabló una demanda judicial”, recuerda el arquitecto.

El juicio se inició en el ‘97 y la Inmobiliaria tuvo que frenar su maquinaria hasta que los tribunales dictaran sentencia. Miguel fue a declarar con todos sus documentos en mano y telefoneó a muchos de los que habían trabajado en el proyecto para que fuesen a contar su versión. “Las compañeras lograron aglutinar alrededor de 300 familias en la demanda. El abogado José Miguel

⁴⁸ EN 15 minutos demolieron edificio de cuatro pisos en Las Condes (1997). La Segunda, Santiago de Chile, 15 de julio.

Serrano las defendió. Un tipo vivo e inteligente, que no cobró nada. Pero si ganaba la propuesta con los primeros 80-90, dijo: ‘bueno, entonces 20% de honorarios para mí’. Cuando el juicio se percibió, se fueron sumando más familias. Sé que a los últimos les cobró 50%”, sostiene.

Tras dos años de juicio, el proceso se empantanó. El abogado de la Inmobiliaria le ofreció un millón de dólares a Serrano para que los vecinos desistieran de la demanda. Miguel, por su constante ir y venir en los tribunales, se había hecho amigo de la acturaria. Un día recibió un llamado de ella: “Dígale a la gente que se aguante un par de años, le van a sacar tres o cuatro veces la plata. Usted tiene el juicio ganado”, le explicó.

El arquitecto convocó a una asamblea y les explicó la situación a los ex habitantes *de la San Luis*. Si aceptaban el millón de dólares iban a recibir aproximadamente 600 mil pesos cada uno, pero si resistían podían obtener mucho más. La respuesta que recibió fue contundente y, según cree, muy comprensible: “Usted podrá esperar, nosotros tenemos deudas y queremos la plata ahora”.



Figura 14. Elaboración propia. (2017). Block deshabitado, sin ventas ni escaleras y cubierto por *graffitis*.

Marmaduque también fue parte del proceso. En los mismos tribunales el supuesto acuerdo era un secreto a voces que llegó a sus oídos. Se desencajó. Para él era una burla. Otra más. Buscó al abogado con la mirada y lo fue a encarar. Delante de todos los vecinos le lanzó a quemarropa: “Usted nos va a estafar, usted es un sinvergüenza”.

Él dice que el juicio tendría que haberse hecho contra el Estado de Chile y no contra la inmobiliaria. También recuerda que en esa época se hizo un avalúo fiscal de los departamentos en que vivían y en los de Las Condes: la diferencia superaba los 80 millones de pesos. Ni hablar del precio del terreno. Hurga en una caja buscando una carta que le escribió a la presidenta Bachelet y se encuentra con varios documentos del “sin vergüenza del abogado”.

Marmaduque no recibió ni un solo peso en la repartición del dinero de la Inmobiliaria. Tampoco Juana, ni Jimena, ni la señora María Eugenia.

“Nos tocaba cerca de un millón a cada uno, pero a algunas personas, la mayoría, les dieron 200 mil, 300 mil y así fueron repartiendo, a la pinta de ellos”, subraya Marmaduque. Según Juana, la directiva de Renca repartía el dinero tomando en cuenta la asistencia a todas las marchas y reuniones.

“Después de eso no se hizo más, porque el abogado dijo que no, que no valía la pena, que no iban a dar un peso más. Nosotros al menos no hemos recibido nada. Ni siquiera nos han dicho vamos a arreglarles los departamentos, porque aquí nosotros tenemos problemas con el alcantarillado, que ya no da para más”, dice Rosalía, recorriendo con la vista cada una de las mejoras que ha hecho en su casa.

“Si la mandó la inmobiliaria, dígales que amanecí más *jodida* que de costumbre así es que mejor salga *rapidito* de mi propiedad”⁴⁹, le respondió Ana Jiménez a una reportera del The Clinic que quería entrevistarla en 2014. Era la última habitante que quedaba en la Villa San Luis y los funcionarios de la inmobiliaria, que ahora se llamaba Lote 18, la mantenían en un estado de alerta permanente. “Es lo que mejor que pueda hacer. Tome la *platita* y váyase a otro lado”, era la cantinela que repetían hasta el hartazgo.

Antes eran los militares los que iban a golpearle la puerta. Ella no les abría y hasta les *guapeaba*. Esa era su casa, por derecho, y no se iba a ir. Miguel Lawner no se explica cómo logró evadir el asfixiante asedio del Ejército. Recuerda que “Anita”, que se convirtió en una de las líderes de los que vecinos que se quedaron en el conjunto habitacional luego del desalojo de fines de los setenta,

⁴⁹ TORO. Op. cit.

le decía lo mismo cada vez que se topaban: “No, nosotros resistimos, compañero. No me vengan con *güeas*, nosotros aguantamos”.

Resistió a la dictadura y a las ofertas que empezaron a llegar en los primeros años del nuevo milenio. Vio in situ el inicio de las demoliciones y cómo el lugar se empezaba a vaciar. Ya en el 2014, el paisaje de la Villa se componía con ocho torres grises, uno que otro *graffiti* tatuado en las murallas, pasillos sin iluminación y varias ventanas rotas. A los pies de los departamentos había un patio lleno de maleza, con una que otra gallina y del que se levantaba una polvareda insoportable en los días de viento. Justo en frente, en los titánicos edificios de vidrio de Latam y CorpGroup, se reflejaba el triste abandono de las viviendas sociales.

La vida de barrio dio paso a oficinistas producidos en serie, los almacenes sucumbieron a manos de supermercados con pago a crédito y se apagó el *cuchicheo* de la conversación diaria. No había nadie con quien hablar.

Los primeros se fueron por *chauchas*. Pero a medida que pasaban los años a la inmobiliaria le entró el desespero por desocupar una de las puntas de diamante más codiciadas de la capital. Ochenta, noventa, cien, doscientos millones ofrecían. Era el valor de toda una vida de trabajo, pero “Anita” no le ponía precio a sus convicciones.

Una de las que resistía junto a Ana era Gabriela Ríos. Ni los 300 millones que le ofreció la empresa Sinergia la movieron de su casa. Estaba decidida, aunque la salud no la acompañaba, hasta que un día se desmayó y nadie escuchó el sonido de su cuerpo al azotar el piso. Decidió que ya no podía seguir y firmó el compromiso de compraventa por \$490 millones. A sus 81 años, tras una vida de remar a contracorriente, se dio por vencida. A su nuevo inmueble iría solo a morir.

“A veces me da nostalgia pensar que me voy de mi Villa. Prendo la *tele* para olvidarme de todo, pero cuando tengo rabia me asomo a la ventana y digo: hagan su *huevá* de edificio, quédense con nuestros sueños. *Jovencita* llegué acá, acá se queda mi vida”, explica Gabriela con tristeza.

Al final, solo Ana quedó. Se ganó el odio de los vecinos que querían cobrar sus cheques. Ella respondía que ni con toda la plata que le daba la inmobiliaria podría tener una calidad de vida como la que gozaba en Las Condes: “En ningún lugar de Chile vamos a estar mejor que aquí, porque tenemos a dos cuabras y media el metro; estamos en una comuna donde si estamos cesantes, nos traen mercadería, porque en Las Condes los pobres somos nosotros, así es que nos ayudan; tenemos

un consultorio de lujo sin colas; una clínica donde a los pobres nos operan por \$40 mil y sin esperar, porque hay un subsidio del municipio”.

“Ojalá me hubiera muerto y no hubiera visto lo que está pasando, porque me da bronca haber vivido 50 años aquí y tener que irme a otro lado, por eso que llaman progreso. Luchamos tantos por vivir aquí, mejor y a la par, porque los seres humanos somos todos iguales, entonces si alguien tiene más plata, porque nació en una *cuna de oro* y se esforzó para mantener su riqueza, yo lo respeto, tiene derecho a vivir acá, pero yo también tengo derecho a ser respetada y ellos pusieron la mirada en esta Villa y sólo han querido echarme. Y me da tanta rabia con mi gente que por unos pesos se tentaron y no se dieron cuenta que vivir aquí tiene un sentido de...de historia”, asegura Ana.

Finalmente, la pobladora vendió. Miguel cree que cedió ante la presión de sus hijos. La gente de la Villa Alessandri no conoce a Gabriela Ríos ni a Ana Jiménez. Al escuchar la historia de estas dos mujeres miran hacia abajo, giran la cabeza, se pasan la mano por el pelo o tuercen la boca. Ellas cobraron al menos. El resentimiento no es hacia ninguna de las dos. Algunos se conforman con un “así es la vida”, la mayoría prefiere no comentar nada.

Capítulo 7: La lucha de los vecinos contra la inmobiliaria

Una muchacha de pelo rubio transita por las solitarias calles de la Villa Alessandri. Allí es conocida como Javiera Martínez, constructora civil de la Universidad Católica y trabajadora del Quiero Mi Barrio, programa del Ministerio de Vivienda y Urbanismo que se ocupa de la recuperación física y social de distintos sectores. Pero ahora no está para cumplir con sus labores. Toca la puerta y se pone a hablar de la Villa San Luis. Les cuenta a los vecinos que su abuelo fue un antiguo dirigente. Poco a poco se va convirtiendo en una recopiladora de historias, le hablan, la ubican para contarle lo que vivieron, su libreta se llena de contactos con vecinos dispersados por todo Santiago. Junto a Miguel Lawner, están impulsando un proyecto para que lo que queda del conjunto habitacional sea declarado Monumento Nacional.

Era el último recurso al que podía recurrir el ex director de la CORMU para evitar la desaparición del último bastión socialista de Allende en Las Condes. Lo único que impedía la demolición era un juicio contra la Inmobiliaria entablado por 63 familias que se sintieron estafadas al firmar el contrato de compraventa. Acusaban de dolo, ya que durante el *tira y afloja* de las negociaciones la Inmobiliaria se comprometió a no pagar montos superiores a los pactados con ellos. Pero se enteraron de lo que cancelaron a Gabriela y Ana, una cifra que superaba en más de 200 millones lo que ellos recibieron.

Los demandantes, además, denunciaban que los representantes de la Inmobiliaria los engañaron. Les decían que si no vendían, podían perder sus casas en manos del Ejército. Los amenazaron con la posibilidad de remate debido al no pago de contribuciones y les aseguraron que sus departamentos estaban “pinchados”, por lo que ninguna otra Inmobiliaria podía ofertar por ellos.

La Inmobiliaria se defendió a través de un comunicado de prensa. Achacaban a las familias andar “inventado números o dando crédito a historias absolutamente fantasiosas” y de “buscar de forma desesperada cualquier artilugio que les permita forzar el pago de un precio mucho mayor al que realmente les corresponde por sus inmuebles, pues saben que sin esas 63 unidades resultaría

imposible desarrollar cualquier tipo de proyecto inmobiliario en el sector denominado Villa San Luis”⁵⁰.

Sin embargo, en 2017, la situación parecía destrabarse. Pese a que aún había juicios pendientes, la Municipalidad de Las Condes, nuevamente con Lavín en la testera, le otorgó el permiso al megaproyecto de la Inmobiliaria Lote 18, liderada por los empresarios Marcelo Cox y Luis Felipe Gilabert. Una edificación descomunal que contemplaba torres, locales comerciales, departamentos y estacionamientos. Miguel Lawner se jugó la única carta que le quedaba y se refugió, como tantas veces, en la escritura.

Solicitó al Consejo de Monumentos Nacional (CMN) que el lugar fuese declarado Monumento Nacional. Solo así podría evitar la inminente demolición. Por internet inició una campaña de recolección de firmas acompañada de una carta en la que desenfundó su llameante pluma, la misma que desplegaba en la extinta revista Análisis, recalcando varios puntos: “la Villa San Luis fue un intento por acabar con la segregación urbana”, “las familias obtuvieron sus viviendas en un proceso plenamente regular”, “los responsables de este delito han permanecido impunes”, “las familias no han recibido ningún tipo de reparación”.

A él, se sumó Javiera y un grupo de jóvenes conmovidos por la injusticia sufrida. No les podían ofrecer nada a los vecinos. A esas alturas a muchos ya no les importaba, pero quedaba un puñado que a pesar de todos los golpes encajados quería seguir en la pelea. Jimena, María Eugenia, Rosalía, Antonieta, Juana e Inés decidieron volver a enfrentar a los demonios de su pasado.

Se crearon plataformas de difusión en redes sociales y poco a poco empezaron a hacer ruido. Javiera organizó una manifestación en las afueras del Ministerio de Educación para entregarle una carta a Adriana Delpiano –titular de la cartera y, como tal, presidenta del Consejo de Monumentos Nacionales- la misma mujer que estaba en la testera de Bienes Nacionales y no dijo nada cuando el Ejército vendió la propiedad.

⁵⁰ BERMEJO, M. (2014). Inmobiliaria acusa a ex propietarios de Villa San Luis de inventar números. Diario Financiero. Visto el 05/03/2018 en: <https://www.df.cl/noticias/empresas/infraestructura-inmobiliaria/inmobiliaria-acusa-a-ex-propietarios-de-villa-san-luis-de-inventar/2014-10-13/233303.html>

Jimena Salinas salió sobándose las manos de la estación La Moneda y caminó por la Alameda. A su lado iban sus vecinas. Se detuvieron en las afueras del Ministerio y la energía, pese al frío invernal, les brotó a raudales. Entonaban cánticos de lucha y cortaban el aire agitando carteles con las leyendas “¡Aquí! erradicados Villa San Luis, presente” y “Monumento Histórico Nacional. Villa San Luis, ahora y siempre”.

La manifestación tomó forma. Jimena, con su rostro pecoso hinchado por la furia, tomó la batuta. Se movía de lado a lado, saltaba y vociferaba atronadoramente. “¡No te *tapi* la cara, ya llevamos mucho tiempo con la cara tapada. Ahora tenemos que sacar la cara por lo que nos corresponde, por el robo que nos hicieron. No se tape más la cara!”, le decía a una compañera de rictus tímido. Ella, es todo lo contrario, pura extroversión. Largaba su historia sin más a cualquiera que le preguntaba. “Mientras más la sepan, mejor”, comentaba a la pasada.

Ella estilaba rabia, su grito acogotado era un profundo aullido en el centro de la ciudad. En esos momentos debía estar atravesando las calles de Pedro Aguirre Cerda en su triciclo rumbo a La Vega de Lo Valledor, el lugar donde abastece el modesto quiosco que tiene en la Villa Alessandri, pero nada era más importante para la mujer.

La ministra Delpiano no los recibió personalmente, pero al menos pudieron entregar la carta. Había que volver a casa, pero Jimena no se iba a ir sin entonar el himno nacional. Con una pancarta en la mano izquierda y el puño derecho en alto, la pobladora cerró los ojos y retrocedió en el tiempo. Piensa en ella de adolescente, en el padre que a pesar de la demencia senil seguía evocando la Villa, en la mamá que se transformó en su gran compañera, en los abuelitos a los que iba a ver de niña, en lo que no pudo ser.

Ya sentada en el living de su casa, confiesa que esa mañana se arrebató al volver de la protesta y que durmió toda la tarde. Toda su vida pasó a girar en torno a la San Luis.

Sus hijos escuchan desconcentrados las frases que encadena y le reclaman por descuidar el quiosco: “te *quejai* de que no tienes plata, pero *pasai* metida en las cosas de la Villa”.

Al consultarle porqué vuelve a la lucha, se desborda, como si las palabras viajaran más rápido que sus labios, como si el corazón le ganase la carrera a la voz. Sin darse cuenta está en el borde de la silla. “La dignidad de mis papás vale. Si ellos no están ahora, estoy yo. Si hermano no se quiere meter, no importa. Pero estoy yo. Soy yo la que la valgo y la que quiere que esté el nombre

de ellos ahí. A mí no me interesa la plata. Quiero que nos reconozcan como personas por el atropello que nos hicieron, porque nosotros no éramos perros. Éramos personas, viejos y niños. Antes de morirme, yo quiero ver que se hizo justicia por mis papás y que se declare a la Villa San Luis como Monumento Histórico Nacional. Y que hagan eso en recuerdo de todas las personas que se han ido, porque ellos se fueron sufriendo y peleando por lo que nos corresponde. Mis papás murieron esperando que les reconocieran que esos departamentos sí fueron de ellos. Mi mamá se fue con esta tristeza, mi papá también”, concluye la mujer.

Su esfuerzo y el de las vecinas se hizo notar. De pronto, la Villa San Luis era un tema importante de la agenda periodística. TVN, Mega, Cooperativa, El Mercurio y La Tercera, entre otros medios, le dedicaron una seguidilla de notas. A la historia que parecía escrita le borraron el final. Por un recoveco en expansión ingresaba algo de luz.

La revolución de las máquinas rompería ese apacible sábado 24 de junio del 2017, previo al feriado de San Pedro y San Pablo. Entre los primeros rayos de luz, tres grandes retroexcavadoras anaranjadas de la empresa Flesan se adueñaron del terreno de la aquejada Villa San Luis, cercada con unas mallas verdes y con un letrero que indicaba: “PELIGRO. ZONA DE DEMOLICIÓN”.

Era el primer día de un fin de semana largo, las estructuras rápidamente se acomodaron a lo largo del terreno para atacar. Una de las máquinas levantó su brazo metálico y embistió con feroces golpes uno de los cuatro edificios sobrevivientes del histórico proyecto habitacional de Salvador Allende. Como un león despedazando y desgarrando a su presa, los enormes trozos de concreto del corazón de la Villa San Luis se desplomaron en cámara lenta. Las demás maquinarias se unieron a la labor destructiva y a los pocos minutos, se levantó una nube de polvo gris bloqueando la visión sobre las ruinas de los departamentos.

El cemento rayado de *graffitis* rojos y negros se fue trenzando con cables eléctricos, piezas de fierro, piedras y tierra. Ante cada impacto, las obras perdían estabilidad, como un boxeador que ya ha recibido demasiado castigo y le tiemblan las piernas. Lo que antes habían sido dormitorios, cocinas, *livings*, baños y pasillos, ya no eran más que escombros que dibujaban recuerdos en el suelo. Trozos de cemento que, tal como se dejan aflojar las hojas del otoño, ceden ante la presión de la gravedad.

Los metálicos brazos anaranjados se detuvieron. Los jóvenes del Comité de Defensa saltaron la cerca y exigían al jefe de obra la documentación que autorizaba lo que estaban haciendo. Se dieron cuenta que no la tenían y empezó un diálogo tenso, áspero, lleno de amenazas y reproches. La demolición se detuvo. El objetivo estaba cumplido: habían destrozado los dos edificios que querían convertir en Monumento Nacional en la votación que se realizaría tres días más tarde.



Figura 15. Elaboración propia. (2017). Uno de los blocks del Lote 18 demolidos sin autorización por la Inmobiliaria.

Una de las construcciones quedó con una abolladura profunda en el centro. Afortunadamente, sus cuatro pilares principales pudieron soportar el resto del esqueleto. El *block* que estaba a su izquierda fue completamente destrozado. La estructura de concreto había dejado al descubierto diversas mallas de metal, latas, hormigón, cables eléctricos y tubos de pvc. De esta manera, todo el peso del edificio quedó inclinado y cargado hacia la derecha.

El ruido ensordecedor alertó a más de algún curioso del barrio, que sin saber qué estaba pasando, se acercó a mirar. Al ver este tétrico panorama, los vecinos escandalizados se pasaron la noticia unos a otros. Varios videos, fotografías y *tweets* se esparcieron rápidamente por las redes sociales.

El teléfono de María Antonieta, la presidenta de la Agrupación de vecinas que lucha porque les reparen sus casas en la Villa Alessandri, empezó a sonar frenéticamente. Ella, en medio de sus quehaceres cotidianos, hizo una pausa y contestó. Al otro lado, Javiera Martínez del Comité en Defensa le decía que estaban demoliendo la Villa y que fuera rápido. Sin pensarlo dos veces, y pidiéndole a sus vecinas que vieran a su nieta, salió a tomar la micro que la llevaría a la estación

Rondizzoni. Allí comenzaría un viaje de más de una hora en el tren subterráneo que atraviesa las dos caras de Santiago.

Era la primera vez que la mujer volvía al lugar que la vio crecer, echar raíces y del que luego fue desalojada con toda su familia. De ahí se fue siendo una niña. No había querido regresar al barrio alto porque eso le significaba recordar un capítulo de su vida marcado por la violencia y el dolor. Sin embargo, mucho antes de esa llamada María Antonieta había vuelto a la Villa San Luis en sus sueños. Ciertos fragmentos fugaces de su infancia de cruzaron por su mente, sin saber cuál sería el desenlace.

“Veía que bajábamos las escaleras, nos íbamos hacia Los Militares y le pedíamos a un vecino que nos ayudara a cruzar la calle. Nosotros nos teníamos que ir por la avenida Badajoz hasta llegar a Apoquindo y recién ahí tomábamos la micro que nos llevaba al colegio. Eso era lo único que había. Después pasó todo esto, como que estábamos soñando lo que iba a pasar”, explica.

Entre el traqueteo del metro y la estela de los grotescos avisos publicitarios del metro pasando a toda velocidad, esas imágenes oníricas iban y venían. A pesar de todos los años que habían transcurrido, ella recordaba vívidamente los rostros de sus vecinos del primer, segundo, tercer y cuarto piso. Muchos de los que hoy la acompañan en la Villa Alessandri unidos por el trauma con el que cada uno lidia como puede.

María Antonieta salió rampante de la estación Manquehue. A medida que se fue acercando a la calle Presidente Riesco con Urano, sus temores y sensaciones fueron tomando forma. La mayor parte de lo que había sido su querida Villa San Luis había sido demolida. Los edificios no eran más que una maraña de ruinas que yacían entre el pasto, la tierra seca y un par de árboles desnudos.

Las máquinas aún estaban ahí, aunque no había rastros de quiénes las habían maniobrado. Tampoco había algún cartel que indicara quien era el jefe de obras y el motivo de esta medida. El terreno hablaba por sí mismo.

La pobladora observó la escena confundida. Esperaba haber ayudado en algo, pero ya era demasiado tarde. No importó el frío ni el viento de ese día.

A pesar de su semblante fuerte y decidido, de ser una mujer empoderada y curtida, las facciones de María Antonieta se tiñeron de rabia y tristeza. Se secó unas tímidas lágrimas y acompañó a los miembros del Comité que discutían las acciones que tomarían. Mientras tanto, un par de periodistas

se acercaban al lugar, tratando de encontrar respuestas a lo sucedido, haciendo malabares sobre la cerca para registrar el desastre en sus cámaras. Con cuidado, se subieron sobre una escalera y desde lo alto hicieron una panorámica.

“Fue inmensamente doloroso porque nosotros nunca vimos lo que estaba pasando allá arriba. Después de tantos años, nosotros volvimos ahí (Las Condes) y ver que destruyeron los departamentos fue muy fuerte. Fue terrible”, recuerda la vecina.

Una patrulla policial llegó al lugar. Mientras los funcionarios tomaban declaraciones, una mujer vestida de negro salía desde el otro lado del portón y se subía a una camioneta, no sin antes augurar con tono burlesco que toda la gente del Comité se iba a ir detenida por el ingreso a propiedad privada, desatando la molestia de María Antonieta.

Lo cierto es que todo se decidiría el 28 de junio del 2017, cuando el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN) aprobara o no la declaratoria. Pero la pobladora no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente. Ésta era sólo una razón más para seguir luchando.

La vi voltearse para iniciar el largo camino a casa. No necesitaba decir una palabra para expresar su rabia. Su pelo canoso sostenido por un cintillo rojo pronto empezó a perderse entre los impecables ventanales de los edificios corporativos y el asfalto. A pesar de todo, la mujer se mantenía serena. Sabía que volvería nuevamente el martes a pelear por lo suyo.

En el sitio de la Villa San Luis se había declarado una guerra. Las retroexcavadoras y los empleados de la inmobiliaria se habían instalado a lo largo de todo el perímetro y no darían tregua hasta que cada resquicio sufriente de los edificios quedase derrumbado en el suelo.

Ante la sucia jugada de las máquinas de Flesan, ese martes 27 de junio del 2017 las vecinas y el Comité en Defensa tomarían cartas en el asunto. Se organizaron y decidieron hacer una vigilia en el sector, ofreciendo toda su resistencia ante cualquier posible amenaza.

En las primeras horas de esa mañana, las mujeres y los jóvenes se reunieron en las inmediaciones del terreno y con firmeza levantaron sus pancartas hacia lo alto. “No, no, no a la demolición” y “Villa San Luis de Las Condes presente. Ahora y siempre”, se podía leer en algunas de ellas.

“¡Yo quiero que la Villa San Luis sea nombrada Monumento porque aquí vivieron mis papás, a nosotros nos sacaron como perritos a la calle!, ¡nos robaron nuestra dignidad y nuestros sueños. Todos éramos una familia y una Villa feliz!”, gritó Jimena a todo pulmón, sosteniendo una pancarta que se bamboleaba al vaivén de la rabia que la invadía. Inés, María Eugenia, Antonieta y Juana la apoyaron exclamando con fuerza: “¡No a la demolición, no a la demolición, no a la demolición!”. Ya no querían más atropellos.

Los integrantes del Comité las acompañaron al pie del cañón. Listos y dispuestos a seguir peleando por recibir alguna respuesta contundente. Uno de ellos, Fabián Araneda, sostenía entre sus dedos una fotografía de los primeros días de la Villa San Luis. En ella, los *blocks* blancos relucían en el horizonte y los niños plasmaban despreocupadamente sus juegos en la tierra. Esta era una imagen del pasado que seguía más viva que nunca en la memoria de sus pobladoras.

No tardó mucho tiempo en que la prensa llegara hasta el lugar con sus cámaras y micrófonos. Los periodistas de radio y televisión se acercaron a conversar con las mujeres, que se agruparon formando un círculo. Un par de miradas curiosas de los vecinos se quedaron un momento observando lo que ocurría. Algunos con una señal de reproche y unos cuántos dando ánimo. Luego de un par de tomas y fotografías, los reporteros se fueron. Pero aún quedaba pelea para rato. Esto era recién el comienzo.

Los miembros del Comité y las vecinas se reunieron nuevamente. La siguiente fase del plan continuaría en la municipalidad de Las Condes. Querían verificar el supuesto permiso de demolición de la Villa y hacer las consultas respectivas sobre las exigencias que tenía que adoptar la empresa para llevar a cabo esta acción.

En la municipalidad los atendió el jefe de gabinete del alcalde Lavín y hoy electo diputado por el distrito 11, Guillermo Ramírez, quien les aseguró que los permisos para la ejecución de la demolición estaban en regla. Nadie le creyó a Ramírez. El Comité partió a solicitar los documentos en la oficina de partes. La respuesta que les dieron fue corta y precisa: no estaban. La inmobiliaria no poseía dichos registros y tampoco figuraban en el sistema. No había firmas ni permisos de mitigación.

Sin entender qué estaba pasando, las vecinas y los jóvenes del Comité fueron con la cabeza hirviendo a pedirle explicaciones a Ramírez. Él nervioso y sin saber qué decir les mostró unos

papeles y les indicó que éstos estaban listos el viernes 23 de junio del 2017. Pero siguieron sin creerle. El proceso había sido completamente irregular y la demolición de la Villa San Luis se había realizado en el marco de la ilegalidad.

La tensión entre ambos bandos sacaba chispas. Las palabras del jefe de gabinete eran vacías y sin argumentos. La gente de la Villa le lanzaba profundas miradas de recelo. La inmobiliaria hizo todo lo posible para escabullirse bajo el amparo de la municipalidad. Pero las mujeres y el Comité habían descubierto la verdad, un día antes de la posible declaratoria como Monumento Histórico Nacional.

Los funcionarios de la Municipalidad no perdieron la oportunidad de lanzar sus dardos cargados de antipatía, con la indolencia del que es incapaz de habitar la piel del otro. Groseramente, les ordenaron a las vecinas y a la gente del Comité que se fueran. Ellas se defendieron con uñas y dientes. En ese momento, se desencadenaron una serie de encontrones verbales que cada vez iban subiendo más de tono. Finalmente, decidieron abandonar el lugar. Ese no iba a ser el final de la historia. A paso firme y decidido, volvieron todos juntos al terreno.

Ya había caído la tarde y los edificios en ruinas componían un cuadro desolador. En la reja de la Villa San Luis, la empresa Flesan había colocado unos paneles para cercar todo el perímetro y tapar la visión de lo que ocurría adentro.

La sensación de engaño era inminente, las autoridades habían jugado con sus recuerdos. Así que dejándose llevar por un impulso descontrolado de rabia y dolor, ellas comenzaron a botar los paneles violentamente. No lo pensaron dos veces, ya no les importaba nada.

Los integrantes del Comité se acercaron a los límites de la Villa buscando a algún encargado de las obras, ya que no podían continuar con la demolición. El fuerte ruido de las maderas desplomándose contra el suelo alertó al jefe, que gritó desde el interior: “Tanto que *lesean*, ¡si esta cuestión se va a demoler igual! Así que, *¡filo!* ¡Da lo mismo lo que salga en su declaratoria!”. Esta provocación comenzaría a hacer hervir una olla presión.

Más allá, unas funcionarias de los trabajos se paseaban *como pedro por su casa*, con ojo vigilante y pose petulante. Pegadas a la reja, María Eugenia e Inés aguardaban atentas. Un poco más allá, se asomaban Jimena y Antonieta. Querían explicaciones. El hombre y las mujeres se aparecieron con un casco blanco sobre sus cabezas y juntos vomitaron su furia contra la gente *de*

la San Luis. Especialmente el encargado de las obras, quien se dejó llevar por su incontrolable agresividad.

– ¡Váyanse de aquí comunistas, *maracas*, *putas*!– las insultaron.

– ¿Te crees hombre por qué estás con pantalones? Ven para acá. Ven aquí *afuerita* a decírmelo. Ven, soy mujer pero no te tengo miedo. Te voy a enseñar algo que a lo mejor nunca te mostraron– lo encaró María Eugenia con rabia.

La cólera se apoderó de los miembros del Comité y las pobladoras. La situación se estaba yendo de control. El documentalista Jaime Díaz empujó la puerta principal del lugar y los enfrentó: “¿Usted qué se cree insultando a todas estas mujeres? Respeta, esta señora podría ser tu madre”, dijo enfurecido.

En ese momento, se unió a la discusión una de las funcionarias. El caldero ya estaba ebuliendo. En sus cabezas había una sola cosa: ya habían sido demasiados los abusos.

– ¡Cállate, *mal parida*! – gritó María Eugenia fuera de sí.

– Sí, *mal parida*. Vergüenza debe sentir tu abuela y tu madre que te parió– remató el siempre cauto Miguel Lawner.

Jimena e Inés no se quedaron atrás. Fuera de sus casillas y con todas sus fuerzas, agarraron unos fierros y volvieron a arremeter contra los paneles, que caían estruendosamente. Las mujeres estaban furiosas y perdieron completamente los estribos. Sólo la reja les permitía mantener una distancia mínima.

“Yo no soy de pelearme, pero me molestó tanto la actitud de ellas insultándonos. Porque nosotras vivimos ‘mapochinas’ como nos decían, pero nunca una mujer trató a otra vecina de la forma como ellas lo hicieron. Éramos pobres, pero sabíamos comportarnos y tratar a las personas”, cuenta María Eugenia.

Los miembros del Comité quedaron muy afectados con el altercado. “En ese momento, nosotros veíamos peligrar la declaratoria. Además, fue muy fuerte ver a las familias tan tristes al enfrentarse a esta situación. Ellas son muy cercanas a nosotros porque son mis vecinas y nos ven como los cabros jóvenes buenos que les ayudamos. Hay mucho cariño de por medio”, explica Fabián Araneda.

Los empleados de Flesan estaban rebalsados. Como la violencia se había desatado, pronto llegó una patrulla de Carabineros a controlar la situación. No quedó otra que detener la demolición.

A pesar de los duros enfrentamientos y encontrones que se habían desencadenado en la Villa San Luis, el alcalde Joaquín Lavín prefirió mantenerse al margen y no salió a dar la cara a los vecinos. Desde la comodidad de su escritorio escribió en *Twitter*: “La municipalidad de Las Condes tiene que velar para que se cumpla la ley. La demolición se paró porque no se tomaron las medidas de mitigación que corresponden. Desde el punto de vista municipal lo único que recibimos son reclamos porque esos edificios están abandonados y vandalizados”.

Mientras que otro *tweet*, citaba: “Le hemos dicho al Consejo de Monumentos que si se quiere preservar la memoria histórica, no hay que mantener abandono, sino que hacer un memorial bonito. Un sitio al que valga la pena venir a recordar lo que pasó y que en eso estamos dispuestos a apoyar. Nos encantaría que el Consejo nos permita ir mañana a presentar nuestro proyecto de memorial. Mantener los edificios abandonados y tal como están es el peor de los mundos”. Con miedo aguardaban la votación del día siguiente.

Pasos anónimos iban y veían agitadamente por los fríos pasillos de cerámica de la Biblioteca Nacional. Las pobladoras, sus dirigentes, las cámaras y los periodistas aguardaban expectantes afuera de la sala Ercilla. Esa tarde del 28 de junio del 2017, el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN) tomaría su resolución para declarar la Villa San Luis como Monumento Histórico Nacional.

El minuterero del reloj corría tan lento como una tortuga. Las mujeres estaban inquietas y angustiadas. Adentro de la sala Miguel Lawner y María Cáceres hablaban con los miembros del Consejo. Jimena no soportó la presión. “No, no puedo estar aquí”, dijo mientras se dirigía apurada hacia la escalera principal con lágrimas en sus ojos. Las demás miraban hacia el suelo o pasaban fuertemente sus manos sobre sus faldas, como si así encontrasen algo de calma.

Nosotros las acompañábamos nerviosos. Para apaciguar las ansias, comencé a pasearme por ese corredor alargado y oscuro. Algunas caras eran conocidas y otras no. Entre la oscuridad, asomó Miguel Lawner con su semblante impertérrito. Se sentó al lado de la puerta de la sala Ercilla, donde los miembros del Consejo estaban discutiendo.

Su cabello blanco brillaba aún con más fuerza en ese lúgubre interior. Las gafas plateadas le combinaban perfectamente con su frente prominente, su poblado bigote y su humilde sonrisa. Con aparente calma, el arquitecto preguntaba una y otra vez cómo iba el partido de Chile con Portugal por las semifinales de la Copa Confederaciones.

“¿Me puedes hablar un poco más fuerte?, es que no escucho muy bien”, dijo Lawner con sencillez. Se detuvo unos segundos y nos contó algunos detalles de lo que percibió de este encuentro. “Yo creo que nos va a ir bien. Al menos sé que no estaban los ‘momios’ y eso juega a nuestro favor. Hay que ver qué es lo que pasa”, sostuvo esperanzado.

Hablaba pausado, se tomaba su tiempo y reflexionaba ante cada idea que decía. Era un hombre de experiencia, acostumbrado a la incertidumbre. A pesar de estar cansado de tanto hablar, su voz era suave y acogedora. A su lado, lo acompañaba María Eugenia o como le dicen sus vecinas, “la mami María”.

Su apodo no es casual. Ella vio nacer y crecer a muchas de las pobladoras de la Villa como a Jimena, María Antonieta e Inés. Por lo mismo, es tremendamente respetada y al igual que Miguel, de una gran sabiduría. Ella fue la elegida para representar a sus compañeras en la reunión del Consejo.

María Eugenia recuerda que cuando fue su turno de dar su versión de lo ocurrido en San Luis, lo hizo muy decidida y que por primera vez entendió lo que es ser empoderada. Tranquilamente, se explayó ante la audiencia y los demás miembros del Consejo la escucharon atentamente.

“Lo que les voy a decir, se los voy a pedir con la mano en el corazón. Si ustedes son madres y padres, por favor entiéndonos a nosotros. Porque todas las personas que fuimos erradicadas de la Villa San Luis, éramos papás con hijos chicos que lloraron y sufrieron al dejar su hogar, porque ellos tuvieron una casa bien constituida. A pesar de las falencias, había dónde bañarse y algunas comodidades. Pero cuando nos fuimos del departamento, llegamos a vivir en pésimas condiciones. Los *blocks* estaban plagados de chinches y no hay familia que no haya tenido que quemar una cama o los colchones de su casa”, señaló María Eugenia.

“Por eso, estoy segura que en el nombre de Jesús vamos a ganar. La Villa San Luis va a ser declarada Monumento Histórico Nacional, porque Dios sabe que se cometió una grave injusticia con nosotros. Muchas gracias por haberme escuchado y que el Señor les bendiga”, cerró la mujer.

Sin embargo, a medida que los minutos pasaban y las pobladoras transitaban por sus memorias, la espera se hacía cada vez más insoportable. Unos metros más allá, los periodistas preparaban sus micrófonos y las cámaras para cuando se comunicara la decisión final.

Con un breve chasquido, la puerta de la sala Ercilla se abrió de repente y de ella apareció la ministra de Educación Adriana Delpiano, evaporándose al instante, sin mencionar una sola palabra. Tras ella venía la figura sonriente del director de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam) y vicepresidente del CMN, Ángel Cabeza. Se acercó a Miguel Lawner y lo saludó. Toda la atención estaba en ellos, su encuentro detuvo el tiempo.

“El Consejo de Monumentos, en una votación de 10 votos a favor, acordó declarar Monumento Histórico Nacional el Lote A-18 de la Villa San Luis”, indicó con firmeza.

“¡¡BRAVOOOO, BRAVOOO!! ¡Ce, hache, i!, ¡chi! ¡Ele, e!, ¡le! ¡Chi, chi, chi, le, le! ¡Viva Chile! ¡Monumento Nacional, Villa San Luis!”, gritaron al unísono y con todas sus fuerzas las pobladoras, los miembros del Comité en Defensa y algunos curiosos que apoyaron la causa.

Jimena Salinas estrechó la frágil figura de Miguel Lawner y le acarició la espalda. “¡Gracias, mi *viejito* lindo!, ¿no? ¡Gracias!, ¡qué Dios me lo bendiga! ¿Viste *papito*?, logramos algo ¡Se hizo justicia!”, señaló alzando el puño hacia el cielo.

Después de más 40 años, por fin el Estado les hacía un mínimo reconocimiento por todos los atropellos y vejaciones que vivieron en dictadura. Estaban dichosos y no les cabía el corazón de felicidad. La gente bajó precipitadamente las escaleras principales de la Biblioteca Nacional, levantando sus pancartas y una bandera chilena.

El resto de Santiago ebullía de júbilo por el paso de la “Roja” a la final por tres goles a cero en los penales. Por la Alameda peregrinaban cientos de personas rumbo a Plaza Italia, con sus camisetas de la selección y cantando a todo pulmón.

A lo lejos, un joven hincha con la cara pintada y una lata de cerveza reconoció uno de los lienzos que sostenían las pobladoras y gritó: “¡Aguuuuuuante la Villa San Luis!, ¡viva Chile, *mierda*!”. La pelea las había hecho salir del anonimato.

Jimena aprovechó el impulso y les pidió a todos sus compañeros que cantaran el himno nacional. “¡Puro Chile es tu cielo azuuuulado, puras brisas te cruzan también y tu campo de flores bordado

es la copia feliz del Edén!”, interpretaban todos juntos. Algunos con la mano en el corazón y otros con la vista clavada hacia lo alto.



Figura 16. Elaboración propia. (2017). Ex vecinos de la Villa, junto a integrantes del Comité de Defensa, celebran la declaración de la San Luis como Monumento Histórico Nacional.

Toda la capital estaba de fiesta. Pidieron tomarse una foto todos juntos. Jimena y las demás discutían si romper el *chanchito* y comprar una botella de champaña para celebrar. Sabían que las inmobiliarias no se quedarían de brazos cruzados. Ellos responderían ante la declaratoria y se vendrían más batallas. Pero ya estaban acostumbrados a ir contra la marea y todo mal pronóstico. Ésta no sería la excepción. Por mientras, se permitirían sonreír.

Conclusión

Hoy la Villa San Luis está rodeada de edificios cristalinos, que imponen lo igual y excluyen aquello que es diferente. Hasta hace poco, esos *blocks* abandonados eran una mancha que ensuciaba la comuna y un lugar de olvido: ellos guardaban recuerdos que la memoria de la ciudad había decidido eliminar en su marcha al progreso. Su derrumbe es, por un lado, el desmoronamiento de una época en la que primaba lo colectivo por sobre lo individual, en donde se pensó que la urbe debía ser de todos y en la que el derecho a la vivienda fue conquistado gracias a la activa participación política de los ciudadanos a lo largo de los años. Y es, por el otro, una metáfora del Chile neoliberal armado en la dictadura cívico-militar, un ejemplo de que con dinero se puede hacer cualquier cosa en la ciudad, como diría Miguel Lawner.

Frente a esa situación, emergieron voces disidentes que lucharon por rescatar una huella del pasado que ayuda a entender y criticar la ciudad actual. La declaratoria como Monumento Nacional, impensada para muchos, es una reivindicación a la memoria y a los derechos humanos de los vecinos que tanto sufrieron los atropellos de la represión política y, a la vez, un recordatorio acerca de la importancia de pensar planes de vivienda desde la integración social.

La Villa San Luis, tanto en su valor social inclusivo como en el dolor que representa a miles de familias, es un patrimonio que no podemos olvidar. Sólo así se podrá avanzar en una posible reconciliación y hacia un futuro más justo, en el que tengamos presente que las armas, las presiones inmobiliarias y los grandes poderes económicos, no deben atropellar nunca los derechos de las personas.

La realización de esta memoria de título significó un largo proceso de investigación y reporte. Si bien los documentos y archivos de prensa nos permitieron configurar una línea histórica de los acontecimientos, lo fundamental fueron los testimonios y las experiencias de los vecinos que habitaron y echaron sus raíces en la Villa San Luis de Las Condes. Ellos miraron su propio camino y rememoraron este doloroso capítulo de sus vidas, dando inicio a un viaje de reflexiones, gratitudes, enojos, ilusiones y sueños rotos que duró aproximadamente siete meses y que nos permitió construir una serie de crónicas que van recorriendo cada una de esas luces y oscuridades que conviven en sus memorias.

Esos recuerdos corrían riesgo de desaparecer. Sus hijos, nietos o sobrinos no saben bien qué fue lo que ocurrió en la Villa San Luis. Desconocen lo que vivieron sus propios familiares y, en algunos casos, no están interesados en adentrarse con mayor profundidad en esta historia. Lo ven con indiferencia e incluso con indolencia. En los días en que se llevaron a cabo las manifestaciones, uno de los jóvenes del Comité en Defensa mencionó que la historia de la Villa es una de las violaciones a los derechos humanos más silenciadas en la post dictadura, algo que pudimos constatar en la revisión de prensa que hicimos. Lo que pasó allí merece ser contado para que se sepa y tenga en consideración que la violencia de la dictadura no solo se evidencia en las torturas, las muertes y las desapariciones de miles de chilenos a lo largo de todo el país.

Este trabajo, como toda obra documental, no podría haberse llevado a cabo sin una corriente de empatía. Es imposible sentir la congoja que vivieron los vecinos perseguidos, desalojados y humillados por el Ejército y luego por los gobiernos de la post dictadura. Pero sí es factible acercarse a esta realidad y lo intentamos de la forma más profunda posible. Primero, en la calle y en las marchas. Después, en sus hogares, tocando puertas para conocer sus testimonios. Allí logramos percibir más íntimamente la fuerza de sus relatos, sus colores y matices, para poder plasmar sus emociones y recuerdos en cada una de estas crónicas.

Intentar comprender la psicología, las motivaciones, los miedos, las alegrías y los deseos de quienes entrevistábamos implicó un gran desafío ético y profesional. Este proceso, paulatino y respetuoso, nos permitió ir descubriendo la intimidad de cada uno de sus mundos y también explorar en nuestras propias biografías. Sin duda que esto fue esencial, porque ellos fueron nuestros guías en este contexto ajeno, que nos hubiera resultado incomprensible sin su generosidad y ayuda.

Esta travesía, compleja y llena de vicisitudes, nos puso a prueba como personas y periodistas, y nos regaló una experiencia enriquecedora. Pudimos comprobar que el periodismo no sólo se sustenta de las voces oficiales y de los que tienen el poder de hablar. Los testimonios de la periferia, estigmatizados y marginados, no solo tienen que aparecer en la crónica roja. Hay muchos relatos flotando en el aire, esperando que alguien los cuente. Son historias como ésta las que nos hicieron crecer en el ejercicio de esta profesión.

En ese sentido, los años de formación que recibimos en el Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI) fueron esenciales para poder cumplir los objetivos de este proyecto, sin recurrir al morbo, resguardando la dignidad de los vecinos y respondiendo a la necesidad de un ejercicio periodístico

responsable y realmente comprometido con la sociedad, que actualmente hace mucha falta en los medios de comunicación.

Para futuras investigaciones se podría abordar el significado que tendrá el futuro sitio de memoria en la comuna, al lado del proyecto multimillonario Nueva Las Condes, y cómo interactuará este espacio con el resto de la comuna. Además, es necesario hacer un seguimiento al recurso de protección que interpuso la inmobiliaria Presidente Riesco que buscaba dejar sin efecto el decreto del Ministerio de Educación para proteger los últimos vestigios de la Villa San Luis. Aún no está esclarecido el caso y si esto se resuelve podría volverse a generar una nueva disputa por el patrimonio.

Bibliografía

ALLENDE F. y OLAVE, S. (2013). 50 años de políticas habitacionales a raíz del caso de la Villa San Luis (tesis de pregrado). Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, Santiago, Chile.

BERMEO, M. (2014). Inmobiliaria acusa a ex propietarios de Villa San Luis de inventar números. Diario Financiero. Visto el 05/03/2018 en: <https://www.df.cl/noticias/empresas/infraestructura-inmobiliaria/inmobiliaria-acusa-a-ex-propietarios-de-villa-san-luis-de-inventar/2014-10-13/233303.html>

BORJA, J. (2004). Los derechos en la globalización y el derecho a la ciudad. Madrid, España: Fundación Alternativas.

CAPARRÓS, M. (2007). Por la crónica. 24/02/2017. Texto presentado como ponencia en el Congreso Internacional de la Lengua Española de Cartagena. Visto el 24/02/2018 en: http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm.

CHIARA, M. y PULGAR, C. (2008). Villa San Luis de Las Condes: lugar de memoria y olvido. Revista de Arquitectura Universidad de Chile, N°18, pp. 28-39.

CHILE. Ministerio de Bienes Nacionales (1991). Exenta N°38. Ministerio de Defensa Nacional. Subsecretaría de Guerra. Destina inmuebles fiscales en la Región Metropolitana de Santiago. Ministerio de Bienes Nacionales. 21 de junio de 1991.

CHILE. Ministerio de Hacienda. (1953). DFL 285, Fusiona la Caja de Habitación Popular con la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, dando origen a la Corporación de la Vivienda (CORVI).

COLODRO, J. (2014). ¿Localizar o erradicar? Reflexiones en torno a la geografía de la miseria, identidad territorial y exclusión social en países del Cono Sur. *Boletín Electrónica de Geografía (BeGeo) de la Universidad Católica de Chile*.

DECLARACIÓN de la intendencia sobre reciente desalojo. (1979). El Mercurio, Santiago de Chile. 6 de enero.

DEFINEN el Plan Inmobiliario Más Grande del País: US\$ 800 Mills. (1997). El Mercurio, Santiago, Chile. 27 de mayo.

DESALOJO, lo que no se responde (1979). Revista Ercilla, Santiago de Chile, 16 de enero.

EN 15 minutos demolieron edificio de cuatro pisos en Las Condes (1997). La Segunda, Santiago de Chile, 15 de julio.

FACULTAD DE ARQUITECTURA Y URBANISMO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. (2015). La deuda de Chile con el derecho a la vivienda. Visto el 26/02/2018 en: <http://www.fau.uchile.cl/noticias/115045/el-derecho-a-la-vivienda-en-chile-deuda-que-heredamos-de-la-dictadura>

FAMILIAS erradicadas de sector habitacional. (1978). El Mercurio, Santiago, Chile. 30 de diciembre.

FLORES, L. (2017). "A la Villa San Luis llegaban a vivir con chanchos y gallinas". Entrevista al arquitecto Alberto Collados. La Segunda (16/11/2017).

FOXLEY, A. (1979). Sin techo ni destino. Revista Hoy, Santiago de Chile, vol. 85.

GARCÉS, M. (2002). Recreando el pasado: Guía metodológica para la historia y la memoria local. Santiago de Chile: ECO, Educación y Comunicaciones.

GARCÉS, M. (2015). El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular, 1970-1973. Revista Atenea, 512, pp. 33-47.

HURTADO, J. (2014). Ciudad y Sociedad. A orillas del Mapocho: Aproximaciones críticas al Santiago contemporáneo. Santiago de Chile: Ediciones Radio Universidad de Chile.

IGLESIAS, M. (2011). Rompiendo el cerco. El movimiento de pobladores contra la dictadura. Santiago de Chile: Ediciones Radio Universidad de Chile.

INTERVENCIÓN ANTE EL SENADO DE LA REPÚBLICA DE CHILE, 13-03-1969, Archivo Salvador Allende, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1990.

LAS CONDES 2000 (1997). Las Últimas Noticias, Santiago, Chile. 16 de julio.

LAWNER, M. (2007). Demolición de la Villa San Luis de Las Condes. Historia de dos despojos. Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo.

NARVÁEZ, L. (2009). La mano larga de Pinochet en Nueva Las Condes. La Nación, Santiago, Chile. 6 de diciembre.

OPERATIVO Deshumanizado (1979). Revista Hoy, vol. 84.

PACTO INTERNACIONAL DE DERECHOS ECONÓMICOS, SOCIALES Y CULTURALES. (2011). D.R. Comisión Nacional de Derechos Humanos. México, DF.

RABI, S., y AGUIRRE, B. (2001). Trayectoria institucional de la CORVI. En A. Raposo Moyano, Espacio Urbano e ideología. El paradigma de la Corporación de la Vivienda en la arquitectura habitacional chilena 1953-1976, pp. 151-200. Santiago: Ediciones Universidad Central.

SOBRE la Villa San Luis nacerá un Central Park criollo. (1997). La Tercera, Santiago, Chile, 16 de julio.

SOTO, H. Dibujos de la memoria. Revista Hoy, Santiago de Chile, vol. 510.

TORO, I. (2014). Villa San Luis: La caída del último bastión de Allende en Las Condes. The Clinic. Visto el 01/03/2018 en: <http://www.theclinic.cl/2014/05/19/villa-san-luis-la-caida-del-ultimo-bastion-de-allende-en-las-condes/>.

TOTORO, D. (1998). Negocios del Ejército: El caso de la Villa San Luis. Botín de Guerra. Punto Final, vol. 425.

URIBE, B. (2015). Clásicos de Arquitectura Villa San Luis/CORMU. 05/03/2018, de Plataforma Arquitectura Sitio web: <https://www.plataformaarquitectura.cl/cl/761203/clasicos-de-arquitectura-barrio-san-luis-cormu>.

VILLORO, J. (2006). La crónica, ornitorrinco de la prosa. Diario La Nación, Argentina. Visto el 24/02/2018 en <https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>.

Entrevistados

Albornoz, Juana (20/10/17). Ex pobladora de la Villa y presidenta del Centro de Madres.

Araneda, Fabián (05/06/17 – 21/01/18). Miembro del Comité en Defensa de la Villa.

Barrera, Marmaduke (01/11/17). Ex poblador de la Villa y delegado del Comité Los Dominicos.

Cabezas, Ángel (28/06/17). Director de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam) y vicepresidente del Consejo de Monumentos Nacionales (CMN).

Cáceres, María Eugenia (28/06/17 – 24/10/17). Ex pobladora de la Villa San Luis.

Collados, Alberto (15/11/17). Arquitecto y socio de Arquín, una de las constructoras que levantaron la Villa.

Contreras, Rosalía (20/11/17). Ex pobladora de la Villa.

Esparza, Ester (15/11/17). Ex pobladora de la Villa y esposa del dirigente Juan Carlos Larrañaga.

González, Inés (24/10/17). Ex pobladora de la Villa.

Lawner, Miguel (28/06/17 – 05/09/17). Arquitecto y director ejecutivo de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU) durante el gobierno de la Unidad Popular.

Martínez, Javiera (05/06/17 – 28/06/17). Vocera del Comité en Defensa de la Villa.

Miranda, María Antonieta (08/11/17). Ex pobladora de la Villa.

Salinas, Jimena (02/08/17 – 06/09/17). Ex pobladora de la Villa.